



«No hay orquídeas para Mrs. Woolf. La brava Virginia ¡hubiera escrito una línea si hubiera sospechado a lo que Copi la iba a someter? Virginia Woolf o la madona de los *backrooms*, la asesina sádica...

«No todo es verosímil en el relato que da título al volumen, y compromete a la autora de Mrs. Dalloway. La historia comienza en un bar de Pigalle donde Copi encuentra a su editor, quien no acepta ni escritos de juventud ni antiguos dibujos del argentino de París para terminar su libro:

"Tu eres mi Virginia Woolf", le dice.

«Reconozcamos que este parecido no salta a los ojos, sobre todo cuando Copi y su patrón se ven implicados en un crimen sexual más bien complejo, perpetrado, al parecer, por el movimiento de liberación de las lesbianas cubanas. Es innegable que, en el curso de los relatos, la imaginación desenfrenada de Copi, ya nos presente a una esquimal ninfómana, una enana sangui-naria o un travesti gafe, parece menos distinguida que la de Mrs. Woolf. Sin embargo, algunos reirán más con Copi que con la lectura de *Las olas*.»

MATTHIEU LINDBON (*Le Nouvel Observateur*)

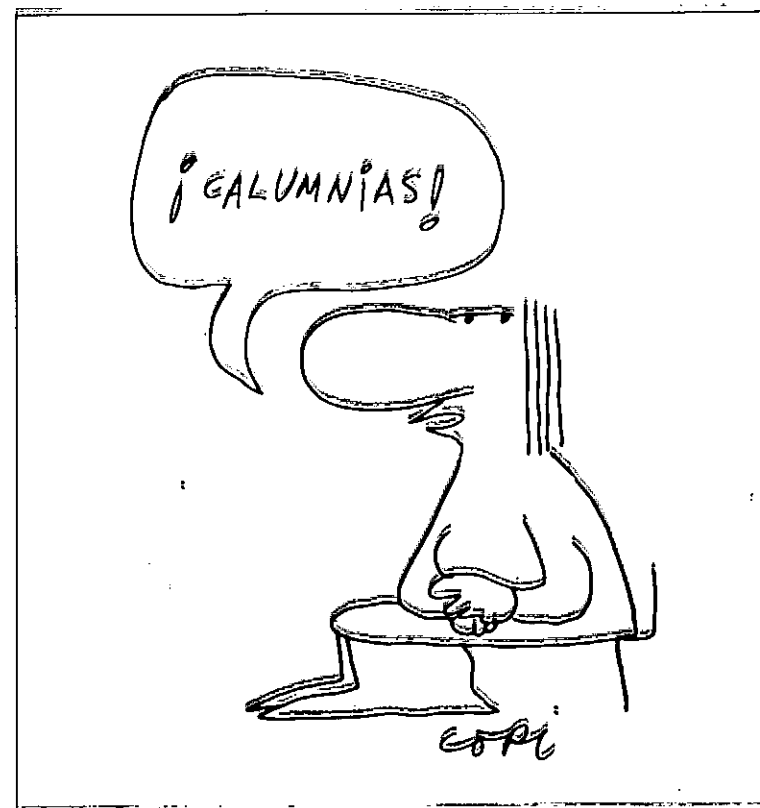
Copi es el pseudónimo del argentino Raúl Damonte, residente en París desde hace muchos años. Copi es un personalísimo autor y actor teatral, dibujante de cómics, novelista y escritor de cuentos. En esta colección se han publicado las novelas *El baile de las locas* y *La vida es un tango* y el volumen de relatos *Las viejas travestis*. También se ha publicado en Anagrama el libro de historietas *Las viejas putas*.

Virginia Woolf ataca de nuevo

COPi

COPi

Virginia Woolf ataca de nuevo



C O N T R A S E Ñ A S



Copi

Virginia Woolf ataca de nuevo

Traducción de Alberto Cardín



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Virginia Woolf a encore frappé
© Editions Persona
Paris, 1983

Portada:
Julio Vivas

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1984
Calle de la Cruz, 44
08034 Barcelona

ISBN 84-339-1267-4
Depósito legal: B. 37540-1984

Printed in Spain

Diagràfic, S. A., Constitució 19. 08014 Barcelona

¿COMO? ¡ZIS! ¡ZAS! ¡AMOR!

Aquella mañana, el rotulista de tiras cómicas Ninu-Nip se había levantado de muy mal humor, como si hubiera presentido su doble destino. Sorbió con mano temblorosa una taza de té de jazmín antes de afeitarse, y se hizo dos cortes en la barbilla. «Tengo que dejar de tomar té de jazmín», se dijo. «Me poné nervioso.»

Había decidido aprovechar el almuerzo público de los miércoles en *Hara-Kiri* para echarle el guante al Prof. Chorón y exigirle lo que le debía: setecientos bocadillos, a novecientos francos viejos cada uno. Tenía cortado el teléfono desde la víspera. El rotulista de tiras cómicas había aprendido su arte en el Japón, su país natal. Y era capaz de inventar de un plumazo la caligrafía que mejor armonizara con el estilo de cualquier dibujante. Pensaba que tenía un modo de presionar al Prof. Chorón: si abandonaba la revista, los dibujantes se verían obligados a dibujar solos sus propios bocadillos, y medio analfabetos como eran, serían incapaces.

Cuando atravesaba el boulevard Saint-Germain,

se puso a llover a cántaros; echó a correr hasta la redacción de *Hara-Kiri*. Al llegar, su impermeable de tergal estaba totalmente empapado. La puerta estaba abierta, y no había nadie a la entrada. Vio aparecer la cabeza de Odile, la mujer del Prof. Choron, por detrás de una pila de revistas.

—¿En dónde te habías metido? —le preguntó ella—. ¡Te andamos buscando desde ayer!

Sin duda alguna, Mme. Choron lo confundía con uno de los recaderos vietnamitas de la casa. Hacía una semana que intentaba conseguir en vano una cita con Choron; hacía cola todas las mañanas en la acera, junto con una muchedumbre de acreedores, hasta que Odile salía a decir que Choron recibiría al día siguiente.

—Tienes aquí el cheque de tu premio —dijo Odile.

—¿Qué premio? —preguntó Nunu-Nip.

—¿No sabes que has recibido el premio de rotulistas de tiras cómicas del Museo de Arte Moderno de Nueva York? —dijo ella para su sorpresa.

Odile le tendió varios recortes de periódicos. En uno aparecía incluso su foto, rematando un artículo firmado por Reiser, Al Capp, Wolinski y Sempé, donde lo trataban de genio. Es cierto que la mayor parte de los dibujantes de humor le debían una buena parte de su éxito. Generalmente, en la parte de arriba de sus tiras, garabateaban sílabas como: ¡Ah! ¡Uh! ¡Paf!, o bien ¡Oh, oh, oh!, como única indicación para el rotulista. Los más inteligentes

escribían «sí» y «no», a menudo muchas veces. Nunu-Nip interpretaba el sentido del dibujo, e inventaba el texto teniendo en cuenta el espacio que el dibujante le había dejado a tal efecto; con frecuencia se había visto obligado a borrar parte de la cabellera de un personaje, para hacer sitio a un bocadillo que contuviera varias frases. Había acostumbrado a los dibujantes, a fuerza de enviarles corteses cartas de protesta, a que dejaran cada vez más espacio libre para los textos. Cada uno se amoldaba a ello a su manera: Al Capp ampliaba el cielo de sus fondos, lo mismo que la mayor parte de los dibujantes americanos, para quienes se trataba de un problema menor, acostumbrados como estaban a los grandes espacios; Reiser los había imitado, transportando a sus personajes a Africa. Y cuando empezó a dibujar torres y arquitecturas solares, siguió respetando la regla del juego, dejando una especie de pasillos aéreos para incluir el texto. Los dibujantes de inspiración semítica, como Wolinski y Copi, decidieron acostar o sentar a sus personajes, para dejar más espacio a los bocadillos; eliminaron los decorados de fondo y los sustituyeron por dos trazos de tinta, que sugerían un campo de margaritas, un tapiz o un teléfono. Cabu y Willem, hijos de la última guerra europea, recargaban cada vez más sus bocadillos; de modo que, mientras en los americanos tenían un cierto aspecto de nubes, en ellos hacían pensar en montones de rocas prestas a caer en cualquier momento sobre la cabeza de

los personajes, en forma de avalancha o de meteoritos. El dibujante preferido de Ninu-Nip era Sempé, un hombre extremadamente educado que, desde su primera carta certificada, le había prometido desterrar en adelante el texto del interior de las viñetas, para colocarlo a pie de página; incluso escribía él mismo los textos a máquina, según las instrucciones que Ninu-Nip le daba por teléfono.

Ninu-Nip se sentó sobre una pila de revistas y contempló el cheque que Odile le tendía: ¡Veinte mil dólares! ¡O sea, diez millones de céntimos! Lo ingresaría aquella misma mañana, y al día siguiente se volvería al Japón. Había llegado a Europa en mil novecientos treinta y dos, siguiendo los pasos de un pintor pariente de su madre. Se había imaginado entonces a París como la capital del imperio de Occidente. Su dominio del canto y el arte del pincel, que él consideraba idénticos, le abrirían las puertas de los salones parisinos, donde pensaba brillar como travestí; su arte preferido era el travestismo, donde quedaban unidos la sombra del varón, el atuendo femenino y la voz del artista. Odile y Choron, recién casados por entonces, habían acudido a uno de sus happenings en un taller de pintor de la Rue Quincampoix, en mil novecientos sesenta. Choron se pasó todo el espectáculo riendo como un loco, a pesar de que no tenía nada de gracioso, y al final le propuso trabajar como rotulista en *Hara-Kiri*, que entonces empezaba a nacer.

Odile lo sacó de sus recuerdos para decirle:

—¡Vamos a almorzar, todos los dibujantes te están esperando!

Se dijo para sí que Ninu-Nip había pegado un buen bajón aquel invierno, y lo ayudó a ponerse en pie; él se apoyó en su bastón de caña, y tomó a Odile del brazo. Avanzaron por el pasillo en forma de L que conducía al salón donde los dibujantes tenían la costumbre de trabajar juntos sobre una inmensa mesa que, en esta ocasión, habían convertido en buffet. Los bocetos de las tiras humorísticas se entreveraban con las montañas de cuscús. Tan pronto penetró en la pieza, todos se pusieron a cantar «Ma tonkiki, ma tonkiki, ma tonquinoise», al tiempo que alzaban sus jarras de cerveza. Así es como habitualmente llamaban a Ninu-Nip, haciendo alusión a su homosexualidad, que él había querido llevar siempre con discreción. En otra ocasión se hubiera sentido molesto; este día, le parecía perfectamente acorde con las circunstancias de una fiesta igual a las que los dibujantes occidentales se imaginan en sus garabatos: extremadamente ruidosa. Expresaban un entusiasmo de samurais en situaciones tan triviales como la ingestión de una comida en común. Le sirvieron un plato en el que nadaban un merguez y una costilla de cerdo en medio de un líquido amarillo y picante, y lo dejaron abandonado en un extremo de la mesa. Los otros montaron sobre los restos del festín una enorme banana de papel maché; una jovencita desnuda, pintada toda de naranja, se encabalgó sobre él, posando para las fotos. Ninu-Nip

hizo una reverencia de adiós y de bendición delante de cada uno de ellos, y todos le respondieron a coro: «¡Salud, tonquinesa, ve a sentarte al Fujiyama!». Ninu-Nip se dirigió a besar la mano de Mme. Chorón. Le deseó todas las venturas del mundo y prometió enviarle una tarjeta postal cada catorce de julio. El Prof. Chorón, pasándole el brazo por los hombros, le dijo:

—Ninu, ¡no irás a dejarnos para volverte al Japón! ¿Qué vas a hacer tú allá abajo?

—Voy a comprarme un estudio con terraza en lo alto de un rascacielos de Tokio —le respondió Ninu-Nip—. Y pasaré el resto de mis días cantando poemas antiguos, en compañía de un mirlo y un canario.

—Bueno, pues ahora te diré lo que vas a hacer por nosotros en Tokio: ¡Vas a abrir allí una delegación de *Hara-Kiri*! ¡Te enviaré todos los meses el material por télex y tú lo traducirás al japonés!

La idea de ser representante en Japón de una revista llamada *Hara-Kiri* le pareció a Ninu-Nip perfectamente repulsiva. El Prof. Chorón le dijo:

—Mira, Ninu, el Japón de los jardines vive ahora en los rascacielos. ¡Baja a tierra y no te dejes atrapar por la vejez!

Ninu-Nip pretextó que, de todos modos, aquel trabajo estaba más allá de las posibilidades de cualquiera, por joven que fuese. Sería preciso, no solamente repensar los textos, sino también los dibujos, sobre todo la expresión de los personajes, que los

dibujantes occidentales organizan en torno a un ojo abierto de par en par por el asombro, lo cual, para los asiáticos, no sugiere otra cosa que una uva pasa sobre un huevo duro. Habría, por ejemplo, que trasladar los dibujos de Wolinski a los suburbios de Tokio; el personaje de Georges tendría que tener los ojos entrecerrados y una sonrisa discreta, aunque conservara su gorra y su varilla. Habría además que encontrar rimas para los textos de cada bocadillo, requisito indispensable para el arte de la tira cómica oriental; por último, cada texto debía contener una alusión velada a Sō-pōso-pōposo, la divinidad nipona del humor.

—¡Pero si tú eres precisamente la persona adecuada para hacer todo eso, Ninu —lo animó Chorón—. ¡No lo dejes así como así!

—Voy a pensármelo hasta mañana, y pasaré a las once a darte la respuesta.

Corrió hasta el Crédit Lyonnais para verificar la autenticidad del cheque. Estaba perfectamente en orden. Retiró mil francos, y se fue a pagar el teléfono; compró una ración de ensalada de soja en una tienda de comidas preparadas de la Place Maubert, y subió las escaleras de su buhardilla de la Rue Guy-de-la Brosse casi con la lengua fuera, y apoyándose en su caña de bambú. El teléfono estaba sonando, lo que quería decir que le habían conectado de nuevo la línea. Una voz japonesa que parecía surgida de la noche de los tiempos se le presentó como el embajador del Japón en París y le dijo que el

emperador Hiro-Hito lo había nombrado Príncipe Universal de la Poesía Nipona. Muy emocionado, hizo cinco reverencias antes de colgar. Ninu-Nip, como todos los poetas japoneses del mundo, escribía una vez al año un verso de cuatro sílabas dedicado a la gloria del País del Sol Naciente; el emperador escogía una vez cada treinta y tres años a su poeta favorito y le otorgaba la propiedad de un islote volcánico de la costa Oeste del Japón. Ninu-Nip, aunque no creía ya en la honestidad de dicho concurso, seguía enviando cada año su verso de cuatro sílabas, que enviaba al emperador escrito en pergamino color de rosa. Las últimas sílabas enviadas, lo recordaba perfectamente, estaban inspiradas en las tiras cómicas en las que trabajaba en aquel momento. Había transcrito en japonés: «¿Cómo?, Zis, Zas, Amor», bocado de todo vulgares, ya que no le entraron ganas de hacer el menor esfuerzo de concentración. El emperador se había quedado transido de emoción, y había decidido consagrarlo como Príncipe de los Poetas Nipones; le había reservado la isla más extensa del Archipiélago de los Inmortales, y hasta había elegido personalmente a las dos geishas que enjabonarían a Ninu-Nip, de la mañana a la noche, en una bañera de porcelana en forma de cisne. Ninu-Nip sospechaba estar siendo víctima de una broma de mal gusto por parte de uno de los dibujantes de *Hara-Kiri*. Marcó con dedo tembloroso el número de la embajada del Japón. El embajador le aseguró que al día siguiente a las tres

vendría a buscarlo en una limousine para llevarlo hasta Orly; el emperador en persona iría a recibirlo al aeropuerto de Tokio. Ninu-Nip se puso su viejo kimono de travestí de antes de la guerra y se miró en el espejo del armario; pensó que los agujeros de la polilla servirían para realzar aún más su imagen de viejo poeta que vuelve del exilio. Llamaban al teléfono, era Odile Chorón.

—Ya está —dijo ella—. ¡Acabo de hablar con la embajada del Japón y nos dan billetes gratis a todos para ir a Tokio!

—¿A qué todos? —preguntó Ninu-Nip, cortándose el respiro.

—A todo el equipo de *Hara-Kiri*. ¿No te hace ilusión que vayamos contigo hasta allá?

El auricular se le cayó de las manos. Se imaginó la bajada del avión, con el emperador Hiro-Hito esperándolo al final de una alfombra roja, rodeado de toda la corte imperial vestida de gala. Se imaginó a sí mismo con su kimono, con un abanico de seda color rosa de té, tras el cual sólo dejaría adivinar sus ojos, y trazando en el aire con su caña de bambú los signos del sol, del cangrejo y de la música, antes de prosternarse a los pies del emperador. Se imaginó al Prof. Chorón, seguido de una docena de occidentales de edad incierta, con los pechos pintados de verde, cantando «Ma tonkiki, ma tonquinoise», y llevando en la cabeza una enorme salchicha de Estrasburgo que, al reventar, dejaba perdidos de mostaza a la corte imperial y a la alfombra. Los

dibujantes bajaban los últimos por la escalera del Boeing. Se imaginaba la cabeza de cada dibujante como había llegado a presentirla en sus sueños más profundos: el gordo Willem, tan lejano de los duros y flacos perfiles de los tipos a lo Dick Tracy que tanto se esforzaba por imitar, tenía en realidad la cabeza y el cuerpo de rubia germánica que solía adjudicar a las prostitutas de Hamburgo. Gébé tenía una cabeza toda llena de dientes, que recordaba a los instrumentos cuadrados y en hilera que le gustaba repetir en sus dibujos hasta la saciedad. El pequeño Reiser, con su barba a lo Nemo y sus movimientos eréctiles, tenía el aire de un zorro o un lobo de los primeros dibujos animados de Walt Disney. Se imaginó a esta serie de monstruos acercándose a palmotear familiarmente en el hombro al emperador. Se imaginó a Choron, borracho como una cuba, besando a la vieja emperatriz en la boca y haciéndola rodar por tierra. Se imaginó a la corte escandalizada, la mirada del emperador posada sobre su frente, y su humillación. La sola frase con la que hubiera podido justificar tantos años de exilio: «¿Cómo? Zis, Zas, Amor», le pareció superflua, ridícula; no serviría ciertamente para hacerse perdonar tantos años en París frecuentando malas compañías.

Sonó de nuevo el teléfono, sacándolo de sus cavilaciones. Volvió a colocar el kimono en su sitio, y fue a descolgar su viejo cuchillo de cortar el pan para hacerse el hara-kiri.

MUERTE DE UNA FOCA

Glu-glú Bzz no era un nombre casual. Ella era esquimal, y su nombre era onomatopéyico, según me explicó acodada sobre el mostrador de la Ice-Cream Inn, el único local que a pesar del frío polar estaba abierto en Koon, el poblado más septentrional de Groenlandia. Yo formaba parte del contingente de europeos que habíamos ido a salvar a los bebés-foca de manos de los cazadores canadienses. Me había enrolado en un grupo ecologista para escapar de mi país, pero eso a nadie le importaba. Hacía una eternidad que no veía una mujer de verdad. Estaba asqueado de ver focas, y a sus crías masacradas bajo nuestros ojos, a pesar de nuestras protestas formales; casi todos nosotros tomábamos fotos de las masacres para venderlas a periódicos y revistas. Hacía tres años que recorríamos Groenlandia sin el menor resultado: la idea de salvar a las crías de foca les parecía a los indígenas tanto más ridícula cuanto que ellos mismos mataban a sus hijos para comérselos durante el invierno. Su

religión se lo permitía, con tal de dejar con vida a los primogénitos. ¿Cómo convencerlos, pues, de que perdonaran a las crías de foca? A decir verdad, a mí la historia de las focas me importaba un pimiento; llevábamos una vida más bien agradable, si se exceptúa la ausencia de sexo, que empezaba a convertirse en un suplicio. Tanto más, cuanto que todos mis compañeros de expedición (seis en total, incluido el oficial Kling, médico en jefe) eran homosexuales, y se las arreglaban entre sí, mientras que a mí este tipo de relaciones me producía horror, incluso en el Polo Norte. ¡Y ahora aparecía aquel cacho de tía! No sólo gorda, sino inmensa. Sus ojos oblicuos y su nariz minúscula desaparecían entre sus redondas mejillas, gruesas como un par de nalgas. Me sonreía con sus dientecillos puntiagudos desde su buena tonelada de carne blanca apenas velada por una túnica transparente. ¡Con cuarenta grados bajo cero en el exterior! Me decía que sería como acostarse con una ballena blanca, pero era, sin lugar a dudas, la única mujer disponible en aquellas latitudes. Le hice señas para que subiera a una de las habitaciones, y ella me tocó la bragueta; me sentí un poco avergonzado; mis compañeros se burlaban descaradamente de nosotros.

El interior de la Ice-Cream Inn tenía forma de cárcel: las celdas, llamadas «suites», que los balleneros de paso alquilaban por días, se distribuían en dos pisos, en torno al fuego del living-room central, al que daban el nombre de «the inn», y en el

que algunos alcohólicos, entre los que me contaba, dejaban pasar las horas muertas, bebiendo ginebra y alimentando la fogata, mientras hablaban de todo y nada, y sobre todo de la civilización tan lejana.

Nos hallábamos a finales de mil novecientos ochenta y dos, y acabábamos de recibir información sobre el desembarco de un comando de cazadores de crías de foca en los alrededores; mis camaradas y yo nos aprestamos a poner en marcha un plan que en otras ocasiones nos había dado resultado: sobrevolábamos en helicóptero las manadas de focas y rociábamos a las crías con pintura fluorescente de color naranja, con lo que quedaban inservibles sus pieles. Luego, el problema siguiente era el de salvar a los bebés-foca de los tiburones que se acercaban a ellos atraídos por el naranja acidulado de sus pieles; y los que llegábamos a salvar de esta segunda amenaza morían, a la larga, intoxicados por la pintura indeleble, que lamían sin parar. Aunque, después de todo, no era nuestro problema; no se puede impedir a una cría de foca que se lama.

La idea de levantarse a las cuatro de la mañana y coger el helicóptero para ir a fumigar con pintura a una colonia de focas situada a cien kilómetros de distancia (si es que no habían tenido la idea de mudarse de sitio después de la última tormenta) no me seducía lo más mínimo. Pero el trabajo es el trabajo. Me quedaban por delante escasamente tres horas de sueño, del todo insuficientes para eliminar

los dos litros de ginebra de la jornada. Estaba además aquella buena mujer, Glu-glú Bzz, a la que ya había olvidado por completo, y que continuaba palpándome la bragueta, tan suavemente como si me pasaran una gamuza. Imposible excitarse con una cosa así, aunque se trate de la única mujer existente en el Polo Norte. La aparté de mí, y pagué mi consumición; le dije al patrón:

—Despiérteme, por favor, a las tres, Biff —tal era su nombre—; voy a echar una cabezada en la habitación de costumbre.

Glu-glú Bzz me rodeó con sus brazos pensando que tenía la intención de subir con ella. Apestaba a bacalao y a ginebra. Era fornida, pero logré desembarazarme de ella. Intenté tomar a risa el incidente, pero un silencio de hielo nos rodeaba. El teniente Kling, médico de nuestra expedición, me tomó por el brazo y me llevó aparte, en dirección de la escalera que llevaba al piso de arriba. Me murmuró al oído:

—¿Qué estás haciendo, imbécil? ¡Esta mujer que acabas de humillar es Glu-glú Bzz, la propietaria de las tres cuartas partes de Groenlandia, y no está acostumbrada a ver rechazadas sus proposiciones! ¡Estás poniendo en peligro nuestra misión!

—Eso es asunto mío —repliqué. Y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba borracho, ya que apenas conseguía articular.

—¡Ponte derecho! —me ordenó serio el teniente Kling—. ¡Y vete a hacer los honores a Miss Glu-

glú Bzz, como corresponde a un digno miembro de la B.E.U. (Brigada Ecológica de la Unesco)!

Glu-glú Bzz se aferraba ya a mis rodillas. A nuestro alrededor, una veintena de balleneros y otros tantos esquimales reían a mandíbula batiente. Conseguí desasirme de la tenaza de Glu-glú Bzz y alcancé a subir unos pocos escalones, pero ella me agarró por un pie; rodé escaleras abajo, golpeándome seriamente la cabeza contra el pasamanos; me puse a sangrar a chorro por la nariz. Los balleneros no habían visto en su vida nada tan gracioso, y hasta el mismo teniente Kling se ahogaba de risa. Me hallaba tendido sobre los primeros peldaños de la escalera, apoyado en un codo, sin conseguir levantarme. Glu-glú Bzz se alejó algunos pasos para saborear su hazaña; le tendieron una jarra de ginebra, que ella se echó de un golpe al colete antes de precipitarse sobre mí y abrirme la bragueta con tal fuerza que hizo saltar todos los botones. Me sacó la polla y vertió sobre ella el contenido de una botella de ginebra. Sentí que el glande y los testículos me ardían horriblemente; a continuación, Glu-glú me cogió la polla entre los dientes y mordió con fuerza; yo lancé un aullido que logró apagar las locas risas de los circunstantes. Abandonando el miembro, siguió con los testículos, que empezó a mascar como si fueran de chicle. No sé qué alma piadosa vino finalmente en mi ayuda y la arrancó literalmente de mis testículos, aunque llevándose un trozo de carne entre los dientes. Entre lágrimas, pude atisbar apenas cómo

mi polla chorreaba sangre. Completamente abatido, mi sufrimiento era algo atroz. El teniente Kling se inclinó a observar mis genitales, y me dijo:

—¡No es nada, hombre! ¡Tres puntos de sutura en el prepucio y otros cuatro en los testículos y quedarás como nuevo!

Trajeron la vieja aguja y el hilo de que se servía habitualmente para coser la piel del cráneo de las crías de foca heridas por los machetes de sus verdugos.

Me puse a aullar, pero esta vez de terror. Los balleneros y los esquimales habían formado un estrecho círculo en torno nuestro, para no perderse ni una pizca del espectáculo.

Durante la operación, me rompí un diente con el gollete de la botella de ginebra que iba bebiendo a grandes tragos; cada vez que dejaba escapar un grito, los asistentes estallaban en grandes carcajadas, y el teniente Kling, que ya tenía las manos temblorosas de por sí, añadía nuevos sufrimientos a los que ya padecía. Permanecí desmayado por espacio de casi una hora, hasta que me echaron encima un jarro de agua helada. La operación había terminado; y en lugar de mi sexo lo que tenía entre las piernas era un grueso calabacín lleno de costurones y rebozado de sangre cuajada. Me subieron los pantalones después de haber envuelto cuidadosamente mi calabacín con una cataplasma de esperma de ballena, acompañada de mostaza y migas de atún que me aplacó un poco el dolor, aunque me resultaba

difícil de soportar el roce del pantalón. En medio de un fenomenal desorden (de mesas rotas y botellas rociadas de confetti), se hallaba plantado el teniente Kling con el ceño fruncido.

—En pie de una vez —me gritó—. Dos minutos más de sueño, y llegarás tarde a tu misión. Tus camaradas ya están calentando motores en el helicóptero.

—Pero, mi teniente... —conseguí balbucir apenas—, en el estado en que me encuentro... ¿no podrían remplazarme esta vez?

—¿Después de lo que has hecho? —aulló—. ¡Al helicóptero o al calabozo en un iglú!

—¿Pero qué he hecho yo?

—¡Has puesto en ridículo a Glu-glú Bzz, la mujer más poderosa de Groenlandia! ¡Y ella ha amenazado con retirarnos los suministros! ¡Eso sería, no solamente el fin de nuestra expedición, sino el holocausto de las focas! ¡Y todo por tu culpa!

Me di cuenta de que sólo mi estado de postración física le impedía zurrarme. Y ése era el individuo que me había recosido el prepucio. ¡Quién sabe si alguna vez volvería a ponérseme tiesa sin sufrir como un condenado!

—Es tu última oportunidad; aprovecha esta misión para huir. ¡Te declararé desertor! —Y al tiempo que decía esto, me tendía un fajo de billetes—. Es tu última paga.

—¿Pero huir adónde? ¡En helicóptero jamás podría alcanzar el poblado más cercano!

—¡Nuestro cuerpo expedicionario ya ha hecho bastante por ti! ¡Y no creas que ignoro tus antecedentes policiales y las razones por las que te enrollaste en esta misión!

Me dije que era inútil discutir. ¿Pedir protección a los balleneros? No eran sino esbirros a sueldo de Glu-glú Bzz. Y no hablemos ya de los esquimales, para quienes Glu-glú era más que una reina.

—¡Y ya puedes dar las gracias al Ejército del Aire de la Unesco por haberte regalado un helicóptero, porque sé perfectamente que jamás volveremos a vernos!

Y, dicho esto, me arrojé al exterior, donde lucía una gélida aurora boreal. Mis camaradas evitaban mirarme. Subí a toda prisa al helicóptero, cuyas hélices estaban ya en movimiento. En su interior, un paracaídas, dos barriles de pintura de color naranja, unas cuantas botellas de ginebra, y un cuarto de tiburón salado.

—¡Buena suerte! —me dijo el teniente Kling—. ¡Y no dejes de rociar de naranja a las focas! ¡Te concederemos un camafeo con la efigie de Brigitte Bardot a título póstumo!

La puerta del helicóptero se cerró con un chasquido, y yo me elevé por los aires rumbo al sur.

La aurora boreal pronto me hizo olvidar la atmósfera sofocante del poblado de Koon antes de aterrizar sobre la nieve y perecer de frío en las horas siguientes. Sin duda contaban con poder recuperar el aparato.

Si al menos lograra descubrir una manada de focas, aunque se tratara de un grupo diezmado por los cazadores, tendría lo suficiente para alimentarme durante algunos días comiendo focas viejas, pero el combustible empezaba a agotarse, y no había ni una foca a la vista.

Cuando, de pronto, pude percibir una forma en la nieve, que al principio tomé por una cabaña, pero que iba cambiando de sitio según me acercaba; al alejarme, en cambio, se quedaba quieta. ¿De qué especie de máquina o animal podría tratarse? Una ráfaga de viento me precipitó a su lado; me di cuenta de que se trataba de la sombra de mi helicóptero sobre la nieve, casi en el momento mismo de estrellarme sobre ella. Ni una gota de combustible. Me había posado sobre una colina de nieve que reflejaba los rayos de la aurora boreal; en otras circunstancias, sin duda hubiera considerado al paisaje como dotado de una belleza sublime. Me pregunté si la radio seguiría funcionando (Radio Balleneros, la única en funcionamiento en el Polo Norte). Sí, aún marchaba. Era domingo, y estaban transmitiendo la misa en groenlandés. Hice la señal de la cruz e intenté recordar el padrenuestro en mi propia lengua, sin el menor éxito. Roí un trozo del resaca ti-

burón y me eché al colete una buena rociada de ginebra, al tiempo que me enjugaba las lágrimas. Mi sexo empezaba a adoptar un tono violáceo; podía sentir sus latidos: era el principio de la gangrena. Me dije que como muerte no estaba mal del todo, al menos estaba solo.

SAUDADE



LA TRAVESTI Y EL CUERVO

El día en que María José se dio cuenta de sus poderes se produjo un giro decisivo en su vida. Única superviviente de un accidente de aviación, se despertó quince días después en la habitación de una clínica parisiense. Le dijeron que padecía un traumatismo craneal. Le habían levantado la tapa de los sesos, y pocos días más tarde le colocaron otra, de metal esta vez, que le recosieron por debajo del cuero cabelludo, una vez debidamente rasurado; su cabello, luego, volvió a crecer tan crespo y espeso como antes. No era ésta la primera intervención quirúrgica que sufría María José. Había nacido en el norte de la Argentina, en la provincia de Misiones, de sexo masculino, dieciocho años atrás, como último retoño de una familia de veinticinco hermanos y hermanas, cada uno de un padre distinto. Había sido educada por su hermano mayor, que la vestía de chica, y lo prostituyó a los seis años. Eran varios los que en su misma favela estaban en similar situación. Era el sino de los hijos menores de las familias pobres: mestizos de indios, negros,

blancos y asiáticos, descendientes de esclavos importados por los jesuitas, más los aborígenes y los mismos jesuitas. El mestizaje en cascada previsto por los jesuitas, después de seis generaciones, producía niños de una belleza inaudita, que hacían las delicias de los pedófilos del mundo entero. Charters de ancianos de ralos cabellos teñidos y dentaduras deslumbrantes llegaban desde Munich, Boston y Viena al aeropuerto de Misiones, convertido en burdel de niños. José María fue vendido a la edad de quince años, por la bonita suma de cien mil dólares, a Louis du Corbeau, un riquísimo coleccionista de arte de nacionalidad francesa. Para celebrarlo, Pedro, el hermano mayor de José María, gastó una buena parte de la dote en dejar pasmada a la favela. Después de danzar la macumba toda la noche, y ebrio de cachaça y de marihuana, José María se marcó aún unos pasos de samba en la escalinata del avión que había de alejarlo de Misiones para siempre. Louis du Corbeau poseía un pequeño château en el Berry, cerca de la clínica donde José María se transformó en María José, después de una docena de delicadas operaciones quirúrgicas. A los diecisiete años se había transformado ya en una radiante criolla de puntiagudos senos, y dotada de un sexo femenino en el que Louis du Corbeau podía incluso introducir su dedo índice. Por otra parte, ello no le procurara el menor placer a María José. Conocía bien su destino poco común, y el placer que de tal conciencia extraía nada tenía que ver

con el sexo. Reinaba en su château del Berry sobre una docena de criados blancos, a los que martirizaba hasta donde se lo permitía la ley francesa. Louis du Corbeau la adoraba hasta la locura, y no le permitía salir nunca del castillo. Sólo el médico que había practicado el cambio de sexo, y la anciana hermana de Louis du Corbeau, superiora de las carmelitas de un vecino convento de clausura, y que nada sospechaba del asunto, estaban autorizados a penetrar en el castillo. Una vez por semana, Louis du Corbeau la llevaba en su avión particular, que pilotaba él mismo, a París, donde pasaban uno o dos días, alojados en el Hotel Ritz, de la Place Vendôme. María José, siempre acompañada por Louis recorría los establecimientos de los grandes proveedores de fruslerías de este mundo, donde podía escoger lo que quisiera sin límites de precio. En una ocasión, llegó a adquirir toda la colección de Dior y todo el escaparate de Cartier, para poder elegir con tranquilidad en su château del Berry, delante del espejo, y con la ayuda de su cuñada carmelita, Anne du Corbeau. Esta sentía una inmensa alegría por el acto de caridad que había realizado su hermano al casarse con una pobre desheredada, por cuyas venas, sin lugar a dudas, corría sangre de jesuita. Louis du Corbeau le ofrecía una vez al mes una cena en Maxim's, seguida de un baile en los salones del Ritz, donde recibían a sus amistades, a las que jamás invitaban a su casa. María José pudo así hablar de moda con Saint-Laurent, de cine con

Sofía Loren y de política con Jackie Onassis. Su belleza indiscutible dejaba en un segundo plano a su inteligencia. La elegancia con que podía llevar un corpiño enteramente recamado de diamantes con un armiño y una pamelita de plumas de ave del paraíso para subir las escaleras de la Opera, la hacían figurar de manera completamente natural como uno de los integrantes de la jet-set. Aquel lunes, María José se aburría mortalmente en su château del Berry, e insistió para convencer a Louis de pegarse un salto hasta París, con ocasión del Catorce de Julio. Louis du Corbeau, que detestaba las muchedumbres parisinas, le negó tal capricho. Ella lo amenazó por vez primera con dejarlo. Louis du Corbeau consintió en pilotar su avión hasta París, pensando ya en desembarazarse de aquella joven esclava que en menos de tres años se había transformado en una esposa tiránica. Pero María José fue mucho más rápida en su instinto criminal, movida sin duda por mayores motivaciones. En pleno vuelo, lo noqueó con un bastón de criquet y tomó su lugar al mando del avión, que acabó estrellándose sobre una autopista, un segundo después de haber saltado sobre el arcén central. Pero el destino hizo que un coche que venía en sentido contrario, para evitar al avión, se metiera por el arcén. De ahí su traumatismo craneal y la adquisición de sus nuevos poderes. Esto fue algo que no llegó a advertir de inmediato. Apenas vuelta en sí, lo primero que vio, inclinada sobre

ella, fue el rostro de madre Anne du Corbeau, la hermana de Louis.

—Estás viuda, mi pobrecita niña —sollozó la monja—. ¿Qué será ahora de ti? ¡Tendrás que venirte conmigo al convento! —¡María José cayó en un profundo sueño, con la sonrisa dibujada en los labios. Se despertó bien entrada ya la noche. Se hallaba sola en su habitación de la clínica, todo estaba en silencio. Sentía sed. Se giró para ver si había una botella de agua sobre su mesilla de noche; ni rastro de botella.

La puerta de la habitación se abrió, y un vaso lleno de agua, posado sobre una bandeja, penetró por sí solo en la habitación y fue a posarse sobre la mesilla de noche. Creyó que se trataba de una alucinación, producto de la fiebre. Extendió la mano por si acaso, y tomó el vaso que era perfectamente real. En cuanto al agua fresca, jamás en su vida había bebido una que calmara tan bien la sed. Era pues la única heredera de Louis du Corbeau, propietario de la más completa colección del mundo de arte precolombino, sin contar los Rubens y los Géricaults que tapizaban las paredes del château del Berry. Se preguntó qué podría hacer con su fortuna. Ahora Louis ya no estaba allí para poner freno a sus caprichos. ¿Continuar frecuentando el gran mundo de Maxim's sin Louis? Sin duda sería la viuda más codiciada de la jet-set, ¿pero total para qué? ¿Para encontrar un marido tan rico como el que acababa de perder? No, eso nunca. ¿Y un amante?

Obligada a practicar la sexualidad desde su infancia, su frigidez era total, y el cambio de sexo no había mejorado las cosas. Consideraba a su cuerpo del mismo modo que el titiritero considera a sus títeres, objeto de fascinación y turbio deseo para el espectador, pero con un alma alojada en realidad en el arte digital del maestro de títeres. Sus recientes poderes le parecían, por tanto, naturales, como extraídos de la fuente misma de su personalidad. Dedicó un pensamiento enternecido a Louis du Corbeau; lo iba a echar de menos en los pequeños detalles de la vida diaria. Si, por ejemplo, siguiera aún vivo, su habitación de la clínica estaría en aquel momento llena de ramos de flores. Al instante, vio entrar por la puerta varias docenas de jarrones llenos de soberbios arreglos florales, que se colocaron por sí solos en torno del lecho, entrechocando contra las baldosas al posarse en el suelo. Al poco, oyó pasos que se acercaban por el pasillo. Una enfermera hizo su aparición. Permaneció inmóvil en la puerta durante algunos segundos, asombrada por la radiante sonrisa que mostraba una enferma hasta hacía apenas media hora sumida en un profundo coma.

—¿Así que se ha despertado usted?

Y se acercó a tocarle la frente. La fiebre había descendido considerablemente.

—¿Pero quién le ha traído esas flores? ¿Ha venido alguien a hacerle una visita?

Una mano invisible agarró a la enfermera por los cabellos y la levantó del suelo unos cincuenta

centímetros. La mujer lanzó un grito que hubiera podido despertar a todo el hospital, antes de caer al suelo, lastimándose un tobillo. La habitación se llenó inmediatamente de enfermeras, y María José se hizo la dormida.

Cuando todo el mundo hubo salido de nuevo, llevándose los jarrones de flores, se durmió de verdad en el colmo de la dicha. La obligaron a permanecer aún tres días más en la clínica, ya que su repentina recuperación intrigaba a los médicos. No comprendían que pudiera encontrarse en tan perfecta forma después de haber sufrido una trepanación que había durado seis horas, y sin necesitar siquiera de calmantes. Pero ignoraban que María José era una asidua de los quirófanos. Se obligó a sí misma a no exhibir sus poderes en público, por más que se sirviera de ellos cuando estaba a solas, para vestirse e incluso para trasladarse de una habitación a otra. Nunca más volvió a pisar el Berry, del mismo modo que nunca había vuelto a Misiones. Convocó en el Ritz al asesor financiero de Louis du Corbeau, quien le comunicó que podía firmar talones hasta un total de quinientos mil dólares al mes, sin tener que tocar su capital, invertido en las cuatro esquinas del mundo. Lo despidió rápidamente, y por primera vez se vio a solas en su suite del Ritz. Era a principios de agosto, y todos sus conocidos habían abandonado París para las vacaciones de verano. Se hizo subir la cena, y durante un rato se divirtió arrojando compota de manzana contra los candela-

bros, pero pronto se aburrió de este tipo de juego. Tenía clara conciencia de que no podía desear nada que no poseyera ya, y el espectáculo del mundo la dejaba más bien indiferente. Eran las nueve y media de la noche. París estaba vacío aquel viernes quince de agosto. Se puso un vestido de noche de seda blanca, con el escote ribeteado de pequeñas perlas, y se envolvió en un chal de suave pelo de vicuña. Se decidió por unos aretes de esmeralda —el color de sus ojos— y un bolso de cocodrilo blanco, el mismo color que sus sandalias de cabritilla. Mandó llamar un coche con chófer. Este, un hombre de sesenta años, se vio sorprendido ante la pregunta:

—¿En qué sitio de París puedo encontrar clientes?

—¿Ya lo ha intentado usted en el bar del Ritz? Tal vez encuentre usted mejor clientela en el George V. ¿Quiere que la lleve allí?

—¡Yo no soy una puta, soy yo la que paga!

El chófer recibió en la cara un puñado de billetes de quinientos francos. Marcel, el chófer, creía conocer toda clase de gentes raras en París, pero esto lo desbordaba...

—Si quiere hacer el recorrido turístico de París, puedo llevarla. ¡Conozco a todos los porteros de los cabarets de Pigalle!

¡Pigalle! María José soñaba con Pigalle desde su infancia, porque para ella era mucho más París que el Ritz o Chez Cartier. Pero Louis du Corbeau le

había prohibido siempre pasar por allí, aunque fuera en coche. Ahora era la ocasión soñada. Marcel, chófer nocturno desde hacía veinte años, y homosexual también, había olisqueado a la travestí por debajo de su apariencia de rica criolla. Conocía un turbio cabaret en la Rue des Martyrs, cuyo propietario, antiguo presidiario, había sido un compañero de cárcel. Aún era temprano para «La Cagnotte du Sexe»,* un local donde los travestís brasileños nostálgicos de la samba, junto con otros nostálgicos de la danza del vientre, venían a desmelenarse después del duro trabajo nocturno. La entrada olía a meados y a éter. En el salón propiamente dicho, una vieja travestí negra roncaba tirada sobre un banco. El lugar no era del todo sórdido. En un ángulo, al lado de la barra, se alzaba un minúsculo teatrillo, donde los travestís montaban pequeños espectáculos. Lulú, el propietario, besó la mano de María José y los hizo sentar en una mesa. María José se preguntó si resistiría mucho tiempo en aquel antro. Le molestaba sobre todo verse sentada al lado de un taxista tan popular en todo Pigalle. Les trajeron una botella de champán de garrafón, y Julio Iglesias empezó a sonar en el juke-box. Lulú, el dueño, se excusó repetidamente por la poca animación que mostraba el local a aquellas horas, aunque aseguró que la clientela chic no tardaría en hacer su aparición. Entretanto, intentaría despertar a la travestí negra

* «La lucha del sexo.» (N. del T.)

para que les hiciera un número en play-back, pero la negra dormía como un tronco. María José, de pronto, se sintió a sus anchas, como si recuperara su infancia de la favela de Misiones. Marcel y ella rieron de buena gana al ver las inútiles patadas que Lulú le propinaba en el culo a la travestí, que seguía durmiendo como si tal cosa. Entre ronquido y ronquido, pudo oírse que decía:

—¡Patrón de mierda!

María José se sobresaltó al reconocer la expresión y la voz. ¡Era su hermano mayor, Pedro, el asqueroso hermano que la había prostituido desde su más tierna infancia y la había vendido a Louis du Corbeau! Había venido a engrosar las filas de los travestís del Tercer Mundo que adornan las aceras de Pigalle, en su mayoría fornidos mancebos a los que unos médicos carniceros castraban sin más contemplaciones, hinchándoles luego los pechos con parafinas, antes de soltarlos, para que se las arreglaran como mejor supieran, con una jeringa de hormonas en una mano y una jeringa de heroína en la otra. María José se preguntó si el odio que sentía por Pedro no habría jugado algún papel en la consumación de su atroz destino. Tal vez poseía más poderes de los que sospechaba. ¿Por qué, si no, de todos los lugares donde hubiera podido recalar en París había ido a dar precisamente a aquel antro? Por un momento sospechó que Marcel, el taxista, fuera el autor de todo aquel montaje. Pero era absurdo, ¿cómo podía él conocer el parentesco

entre aquel horrible travestí y la hermosa María José? La coincidencia, con todo, era demasiado grande, y el azar nunca hace tan bien las cosas. La puerta del bar se abrió en aquel momento, y Louis du Corbeau hizo su aparición. Marcel y Lulú se inclinaron hasta el suelo.

—Te entrego en manos de tu hermano mayor, que es donde te encontré. Puedes quedarte con los aretes y con el dinero que llevas encima.

Había un cuchillo de cortar el pan sobre la barra. María José se concentró en su deseo de verlo hundirse en el corazón de Louis du Corbeau, pero nada de esto ocurrió. Había perdido sus poderes. Pasó el resto de sus días trabajando en la Rue des Martyrs al lado de su hermano Pedro, y murió de una sobredosis en los retretes de «La Cagnotte du Sexe», a la edad de veintiséis años.



LA BARAKA

Generalmente, había bastante donde elegir en la Rue Quincampoix, pero aquella mañana de agosto la calle estaba desierta. Tanto mejor, ya que así nosotros, los clientes, nos sentimos protegidos por la bofia.

Divisé a una puta el final de la calle y me acerqué a ella. Era rubia y más bien vieja. Me hizo señas de que me acercara. Encendí un cigarrillo.

—¡Un pitillo! —me dijo ella, chascando los dedos, desde el otro extremo de la calle. Yo le tiré un cigarrillo que fue a caer a sus pies en la cuneta. Fue a recogerlo, y cayó cuan larga era, totalmente borracha. Instintivamente, me apresuré a ayudarla. Era más vieja de lo que yo creía, y con no poco trabajo conseguí recostarla sobre el borde de la acera.

—Gracias, moraco —balbució ella.

Se introdujo en la boca desdentada el gauloise remojado en el arroyo, y se quedó allí mismo, inmóvil. Su bolso había quedado abierto en medio de la cuneta, y todas sus cosas se hallaban empapadas. Recogí su tarjeta naranja y unos cuantos documen-

tos más que limpié con mi pañuelo antes de meterlos de nuevo en el bolso y entregárselo. Ella siguió sin moverse, y yo le deposité el bolso sobre las rodillas. Me había olvidado del todo de mi excitación de poco antes, y me dije que lo mejor era ir a tomarme una cerveza en Strasbourg-Saint-Denis antes de volver prudentemente a mi casa en los suburbios para ver el partido que daban por la tele; me ahorraba así cincuenta francos. Ya había gastado más de la cuenta aquel mes de agosto. No le había enviado a mi mujer más que cuatrocientos cincuenta francos el último trimestre, y esperaban que fuera a pasar las vacaciones de agosto a mi país de Africa del Norte; les había prometido llegar con una fortuna, pero me lo había gastado todo en putas durante el invierno. Es un vicio al que me había acostumbrado, a fuerza de pasar por la Rue Quincampoix, por donde me paseo frecuentemente los sábados; me gusta el barrio. Conozco por allí unos cuantos tipos de mi pueblo que a veces me pasan un poco de kifi.

La vieja y gorda rubia ni se había movido del borde de la acera. Si no me lanzo, me dije, no voy a pegar los ojos en toda la semana. Y seguro que no encuentro nada más barato que esto.

—¿A cuánto el polvo? —le pregunté.

—Yo no me voy con pringaos —me respondió.

Me contuve para no arrearle una hostia, y me alejé con las manos en los bolsillos. Pero aún no había dado la vuelta a la manzana cuando oí que me llamaba.

—¡Eh, Ahmed, ven acá!

Me sorprendió que conociera mi nombre, y me di la vuelta.

—¿Cómo sabes que me llamo Ahmed?

Pero, en el mismo momento que le hacía esta pregunta, me di cuenta de que la conocía: ¡era Mme. Ada! Cuando yo era joven en Agadir, había estado empleado con una pareja de europeos de Casablanca que pasaban sus vacaciones en mi ciudad. El, de nacionalidad inglesa, era el mayor Race, y su mujer, francesa, era Mme. Ada. Recuerdo mis primeros respingos sexuales al contemplar como la blanca piel de Mme. Ada iba enrojeciendo bajo el sol al borde de la piscina, mientras yo cortaba el césped del campo de golf privado del mayor Race.

—¿Sigues casado con la misma?

—Sí, señora —le respondí—. Tenemos cuatro chicos en Agadir, el mayor de diez años, y la última una niña, que tiene dos años. Trabajo en la recogida de basuras y les envío mi paga todos los meses.

—¿No me preguntas cómo he llegado a esto?

—No, madame —respondí respetuosamente.

—¿Me invitas a un bocadillo?

—Sí, madame.

La ayudé a ponerse en pie, recogí su bolso y su renard que empezaban a ser arrastrados por el desagüe. Ella me tomó del brazo, y nos dirigimos al final de la calle, a «Chez Puce», un local que yo conocía bien, y donde trataban bien a los árabes. Puce era un viejo marica, medio travestí, de largos cabe-

llos descoloridos sobre un cuerpo esquelético. Estaba solo en el bar.

—Una cerveza —le dije.

Me exigió que pagara nada más traer la consumición. Madame Ada me pidió una moneda para el jukebox, y puso «La vie en rose», luego me pidió diez francos más; yo sólo tenía un billete de veinte, que ella me arrancó de la mano, para ir a comprarle a Puce una dosis de heroína. Puce le pasó incluso la jeringa. Yo hice como que no me daba cuenta de nada, sorbiendo mi cerveza con la vista fija en la calle desierta de aquel mediodía de agosto. De pronto, madame Ada cayó al suelo como un saco, desde su taburete. Puce y yo nos precipitamos hacia ella, pero estaba muerta. Puce le arrojó un cubo entero de hielo a la cara, pero yo sabía bien que estaba completamente muerta. Puce, entonces, cambió totalmente de actitud.

—¡Sácame de aquí ese fiambre!

Y con el pie iba empujando el cuerpo de madame Ada.

Se oyó acercarse una sirena de la policía. Sin pensárnoslo dos veces, cogimos el cadáver, uno por los sobacos y otro por los pies, y lo escondimos detrás del mostrador: fue un acto reflejo de miedo. Las cuatro puertas del coche policía se cerraron con estrépito en la calle al mismo tiempo. Yo empujé el cuerpo de madame Ada contra el fondo del mostrador y me incrusté en posición fetal entre ella y el cubo de basura, en el momento mismo en que la

puerta se abría para dar paso a cuatro policías de paisano (los reconocí por la voz), que irrumpían tranquilamente en el local. Puce les sirvió cuatro vasos de pastís con mano temblorosa.

—Un tomate para mí —dijo la voz de un inspector.

Puce intentó romper el hielo:

—¿Hace usted alusión al color de mis cabellos? —bromeó, sin que su chiste encontrara el menor eco.

Yo, por mi parte, estaba colocado de tal modo que apenas tenía sitio ni para echarme a temblar; tenía la cabeza aplastada contra la caja, y comenzaba a sentir calambres en el pescuezo y en las piernas, sin contar con que tenía la cabeza de madame Ada incrustada en mi estómago y uno de sus brazos doblado entre mis piernas.

—¿Ha visto usted a esa mujer? —dijo la voz de otro inspector, haciendo restallar una foto. Podía oírse cómo las rodillas de Puce literalmente entrechocaban.

—¿La gorda Ada? —preguntó, castañeteándole los dientes—. La vi pasar antes con un moro —dijo el muy cerdo.

—Es la mujer del mayor Race, el embajador de Inglaterra —añadió otra voz de inspector—. Sufre ataques de amnesia, y se la busca por todo París.

—Hace una semana que está haciendo la carrera por esta calle —dijo Puce—. ¿Por qué no van a preguntar al meublé de la Rue de l'Ours? ¡Seguro que allí la conocen!

—Vosotros, ¡a la Rue de l'Ours! —dijo la voz del más viejo—. ¡Yo os espero aquí!

La puerta se abrió y tres de ellos salieron a la calle, pero el más viejo de todos, que tenía una voz como la de Jean Gabin, seguía aún allí. Puce le sirvió un segundo zumo de tomate. Luego se inclinó sobre el mostrador, como si fuera a tirar algo al cubo de la basura, y me hizo señas de que me estuviera quieto. Yo sentía ya calambres por todo el cuerpo, e intenté estirar una pierna, pero la tenía enredada entre los muslos de Mme. Ada. Su cuerpo estaba cada vez más rígido, y tenía uno de sus codos incrustados en mi barbilla. Hice un esfuerzo por soltarme y conseguí con grandes esfuerzos tumbarme sobre ella, con lo que al fin puede respirar. Pero debía haber dejado escapar algún ruido.

—¿Tiene usted un perro? —preguntó el inspector desde el otro lado del mostrador.

—Sí, inspector —dijo Puce—. Es mi viejo dobermann.

Contuve el aliento. Si salgo de ésta, me dije, no vuelvo a poner los pies en este barrio.

—Adoro los dobermann —dijo el inspector—. Yo tenía uno, pero lo perdí el año pasado en el monte. Mi mujer aún no se ha consolado. ¿Qué edad tiene el suyo?

—No sé —balbució Puce—. En realidad lo recogí en la calle.

—¿Cuándo fue eso? ¡Tal vez podría ser el mío!

—¡Oh, no! ¡Hace como veinte años que lo recogí! —exclamó Puce.

—¿Veinte años? ¿Pues qué edad tiene entonces?

—Supongo que unos treinta.

—¿Está usted de coña? ¡Los dobermann no viven tanto! ¡Enséñeme su perro! ¡Jamás me equivoco con la edad de un dobermann!

Se hizo un silencio. El sudor me corría a raudales por la frente, resbalándome por los ojos.

—Médor —dijo Puce con voz temblorosa—, ven a saludar al señor. —Y al mismo tiempo me asestó una patada en la tibia. Yo me puse a gemir como un perro apaleado.

—¡Es demasiado viejo para moverse! —dijo Puce.

—Pues debiera usted matarlo —dijo el inspector—. ¡Es inhumano hacer sufrir así a un animal!

—¡Pero es que lo quiero tanto! —sollozó Puce. Los sollozos eran sinceros, pero por razones bien distintas a las que imaginaba el inspector.

—Es cierto que uno acaba aficionándose a los dobermann —dijo el otro solidarizándose—. ¡Son el más fiel amigo del hombre!

La puerta se abrió en aquel momento, y uno de los policías que habían ido tras las huellas de Mme. Ada y mía, hizo acto de presencia.

—¡La vieron entrar aquí con un árabe! —dijo.

—Se marcharon poco antes de que llegaran ustedes —tartajeó Puce—. Aquí están los vasos de pastís y de cerveza que consumieron. ¡Ni siquiera tuve

tiempo de fregarlos! ¡Los vi bajar por la Rue Quincampoix, en dirección de la Rue de l'Ours!

—¡Vete a mirar en la cocina! —ordenó el inspector jefe—. ¿Hay otro piso?

—¡No, sólo los meaderos que están en el patio interior!

—¡Han podido salir por el patio mientras estábamos aquí!

—¡No hay nadie en la cocina!

—¡Habla, jodido maricón! ¿Cuánto te han dado por dejarla escapar?

—¡Pero si yo ni siquiera sabía que los estaban buscando!

Otro de los policías irrumpió en el bar en aquel instante.

—Parece que Mme. Race, al escapar de la embajada, se llevó con ella las joyas de la corona!

—¿De Inglaterra? —preguntó Jean Gabin.

—¡Llevaba millones en diamantes!

Pensé en el bolso de Mme Ada, cuyo contenido había podido ver hacía poco: ni la menor sombra de diamantes, ni siquiera un centavo. ¿Y si los había escondido entre sus ropas? Puce había tenido la misma idea. Aprovechando una distracción de los bofias, se agachó detrás del mostrador y me susurró:

—¡La enterramos en la bodega y pedimos un rescate! ¡Nos lo partimos a partes iguales! ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —murmuré. Pero sabía que tenía tantas razones para desconfiar de él como él

de mí. Se levantó de nuevo en seguida para preguntar a los otros:

—¿Pero, en realidad, quién es esta Mme. Ada?

El olor del dinero le había dado aplomo.

—¡Tú nos vas a decir quién era Mme. Ada, vieja pelleja! —respondió una voz— ¡Ponle las esposas!

Lo que hicieron de inmediato, entre grandes chillidos de Puce, que pretendía no saber una palabra.

—¡Ya tendrás tiempo de hacer memoria en la trena!

—¿Y qué va a ser de mi bar?

—¡Tu bar se cierra por orden gubernativa! ¡Ahora mismo le ponemos los sellos!

—¿Y mi pobre dobermann? ¡No puedo dejarlo solo!

Yo me eché a temblar como una rata.

—¡No podemos meter a un perro en prisión!

—¡Se le puede dejar a un vecino!

En aquel momento, el ruido de una explosión me hizo sobresaltar.

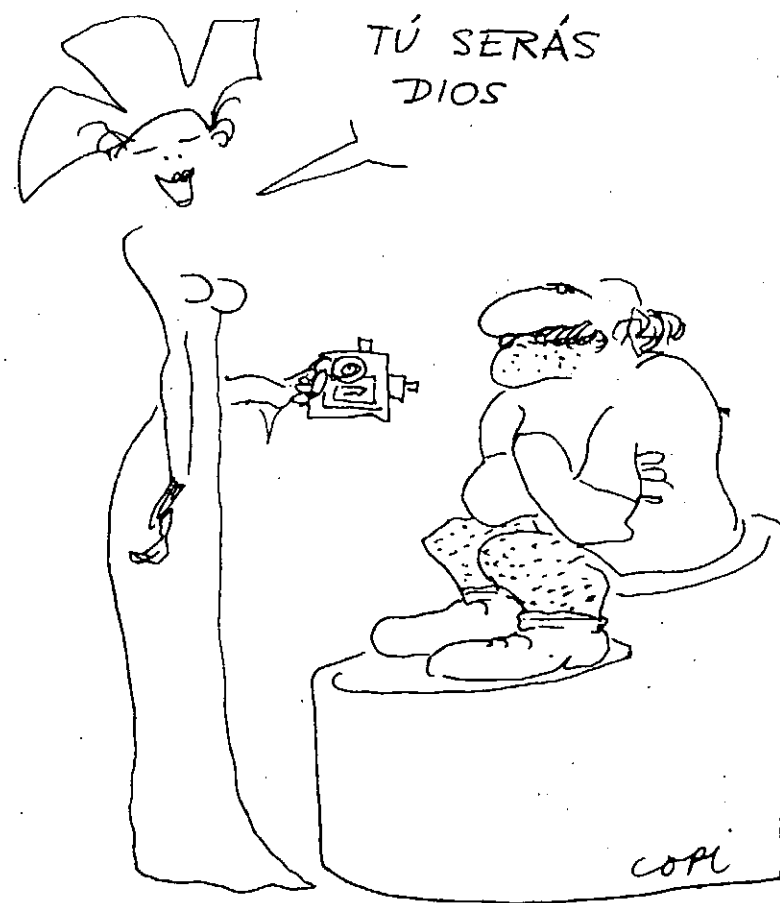
—¡El gas! —se puso a gritar todo el mundo—. ¡Cortad el gas!

Yo me aproveché de la confusión para buscar las joyas de Mme. Ada. ¿Tal vez en su sostén? Sus enormes senos flácidos estaban fríos como rebanadas de foie-gras, lo que me repugnó tanto que tuve que cerrar los ojos. Pero di al fin con algo duro entre los senos: una bolsita de gamuza; la abrí, y contenía en efecto diez piedras preciosas. Me guardé la bolsita en los calzoncillos. Entre tanto habían cortado el gas

y sacaban a Puce a la calle, olvidándose del doberman. Oí el ruido de la cortina metálica al cerrarse, y luego los portazos del coche. Esperé un minuto antes de atreverme a sacar la nariz de debajo del mostrador. Todo estaba a oscuras, y sólo un hilillo de luz se filtraba en el interior del bar. Fui hasta la puerta que daba al patio interior. Estaba simplemente cerrada desde dentro. La abrí. La luz del sol me cegó por un instante. Miré a derecha e izquierda. Nadie. Me arreglé la corbata, y volví a colocarme la gorra que me había guardado en el bolsillo. Salí a la calle, que estaba totalmente desierta. Giré a la izquierda por la Rue Quincampoix hacia la Rue de l'Ours, y seguí por ésta hasta Sébastopol, luego subí hasta Strasbourg-Sant-Denis, para tomarme una cerveza en el café de costumbre. Allí me encontré con Khader, mi compañero de habitación.

—¿Ya te has echado el polvo? —me preguntó, como todos los sábados a la misma hora.

—Sí —le mentí, y empezamos a hablar de fútbol.



LA DEIFICACION DE JEAN-REMY DE LA SALLE

Hay en el sur de Argentina una tribu nómada que cada año se mueve a lo largo de tres mil seiscientos cincuenta kilómetros, siguiendo siempre la misma ruta, como si sus componentes, que suman de tres a cuatrocientos individuos, obedecieran al movimiento de las agujas de un reloj. Esta tribu fue denominada por los conquistadores «los boludos» (los cojonazos) * debido al tamaño de sus testículos, que los varones dejan asomar mediante dos agujeros practicados en sus ropas, tanto en invierno como en verano. Dichos testículos, que tienen fama de ser inmensos, suelen pintarlos de verde para llamar la atención de sus parejas durante sus numerosos coitos. Se les atribuye una libidinosidad no igualada por ninguna otra tribu nativa del continente. No forman parejas estables y carecen de toda idea de familia. Los niños,

* Como es bien sabido, «boludo» o «pelotudo» en argentino viene a equivaler al mexicano «huevón», o al castellano «cojonazos», implicando no tanto unos testículos grandes sin más, sino unos atributos viriles «que le pesan demasiado» para que el implicado sea capaz de hacer nada. (N. del T.)

educados por la tribu en su conjunto, son iniciados en las actividades sexuales mucho antes de la pubertad, aunque sea difícil fijar un límite de edad preciso; numerosas son las mujeres que paren a los diez años, e incluso antes. Suelen traer al mundo invariablemente un par de gemelos de diferente sexo, aunque a veces pueden ser cuatrillizos, nunca un número impar. Existen, por tanto, en la tribu aproximadamente tantos varones como hembras. Se dice que los varones vienen al mundo dotados ya de un sexo adulto. Yo lo creo, porque he tenido ante mis ojos fotos de niños, una de ellas, en concreto, de un chiquillo de tres años, que exhibe un par de testículos verdes que le llegaban hasta los tobillos. Esta raza, que los jesuitas dudaron en calificar de humana y que planteó a Darwin numerosos enigmas aún no dilucidados, me parece mucho más interesante por otra razón: su forma de percibir el tiempo. Saben la hora que es casi al segundo, y esto desde que nacen hasta que mueren. Repiten la hora sin parar en su lengua, que está esencialmente compuesta de cifras. Decir la hora es para ellos tan natural como respirar, y la murmuran hasta mientras duermen. Su itinerario recubre cuatro zonas bien diferenciadas de la Argentina: las Pampas, al norte, la Cordillera de los Andes, al oeste, la Tierra del Fuego, al sur, y la Costa Atlántica, al este. Durante la primavera, bajan por los Andes, siguiendo la ruta de las más altas cimas, y alimentándose de leche de vicuña y huevos de cóndor. El 21 de diciembre, primer día de verano en el

hemisferio sur, pasan de la cordillera a la Patagonia, que cruzan en dirección oeste-este. Durante tres meses se nutren de perdices y ñandús, así como de las fresas diminutas que encuentran en su camino, y que el año anterior han dejado plantadas sobre boñigas de ñandú. A estas fresas se les otorga todo tipo de virtudes medicinales, aunque pueden resultar mortales para los occidentales, acostumbrados a las vacunas y a la penicilina. El 21 de marzo de cada año, primer día del otoño austral, llegan a las costas del Atlántico. Suben por la playa patagónica, de tres kilómetros de larga, arrostrando los gélidos vientos de la zona, para cazar tiburones con ayuda de arpones de hierro y cuerdas de cuero, pero sin aventurarse en el mar. Desconocen la navegación, pero esto no obsta para que logren herir mortalmente incluso a las ballenas; los numerosos esqueletos de cetáceos que siembran su ruta son buenos testigos de ello. A pesar de esta actividad colosal, aún encuentran tiempo para avanzar diez kilómetros al día; las mujeres ayudan a caminar a niños y viejos, mientras los hombres se dedican a la caza y la pesca.

Devoran a los animales crudos, sin dejar de caminar, ya que, si bien conocen el fuego por los volcanes y el rayo, jamás han pensado servirse de él. Su actividad sobrehumana les permite mantener su temperatura interior entre cuarenta y cinco y cuarenta y ocho grados, sin sentir la menor sensación de fiebre. Jamás sienten frío; y si se adornan con pieles de tiburón y plumas de cóndor es por coquetería, y

tan sólo lo hacen los hombres. Las mujeres no van vestidas, y llevan sólo vejigas de ñandú infladas, teñidas de naranja, sobre la cabeza, a modo de turbantes de mandarín. El 21 de junio, dejan la Costa Atlántica, para cruzar las Pampas de este a oeste, alimentándose de termitas y de miel, para llegar el 21 de setiembre, al anochecer, al pie de los Andes, donde habían acampado la misma noche del año anterior.

En lugar de acostarse para dormir, los adultos se colocan de pie en círculos concéntricos; los varones en el círculo exterior, cogidos de la mano; las mujeres en el círculo interior, cogidas de la cintura. Los viejos y los niños duermen amontonados en el centro de ambos círculos; son los únicos que se acuestan. La verdadera diferencia entre los «boludos» y cualquier otra sociedad humana, o incluso animal —señala Darwin— está en que no sueñan. Su obsesión por el tiempo se lo impide. O bien sueñan con el tiempo como tal, según instantáneamente va desplegándose en su cabeza. Su estado natural de conciencia excluye todo tipo de lenguaje articulado, ignoran las letras, habladas o escritas. Dicen la hora, los minutos y los segundos, por medio de silbidos agudos, que recuerdan a las flautas del Altiplano, tan alejado de su territorio. Según los ordenadores de la Musical Foundation of New York, los «boludos» no conocen sólo siete notas musicales, sino infinitas. En lugar de dormir, los varones, con los ojos cerrados y sin soltarse de las manos, se mue-

ven un paso a la izquierda cada minuto; mientras las mujeres, en el círculo interior, dan un paso cada cinco minutos. Resulta así que cada hombre y cada mujer se encuentran situados en el mismo eje cada sesenta y cinco minutos. Y, cada vez que la misma pareja se reencuentra en el mismo eje de minuto o de seis horas, intercambia su lugar (hay que notar que, en su trayectoria anual, siguen el sentido inverso al de las agujas del reloj). En el momento de salir el sol, todos los varones se encuentran en el círculo interior y todas las mujeres en el exterior, sin que el trazado de su movimiento haya variado ni un centímetro.

Se puede llegar a suponer que los niños y los viejos, que permanecen toda la noche en el centro de ambos círculos, durmiendo apilados unos sobre otros, sin dejar de cantar todos a coro los segundos, deben soñar en algo. ¿Pero en qué? Desde Jung, son millares los psiquiatras que se han preocupado por desentrañar el misterio del sueño de los «boludos». ¿Se puede soñar cuando no se tiene inconsciente? Y si no tienen inconsciente ¿de dónde les viene la memoria, una memoria ancestral que les lleva a recorrer el mismo itinerario todos los años, desde hace milenios? Según el filósofo canadiense Marshall McLuhan, los «boludos» inventaron el tiempo a la vez que la rueda, que se compenetran e identifican en su movimiento inverso, como elementos masculino y femenino respectivamente, en los sueños de todos los humanos. Los «boludos» representarían por tanto a

nuestros propios sueños, al velar en lugar nuestro. Ciertos astrólogos pretenden que Nostradamus, cuando habla de «un par de bolas verdes que son los péndulos del tiempo que sobrevivirán al tiempo de los hombres, cuyos sueños todos serán estrangulados por ellas», hace en realidad referencia a los «boludos», entre quienes el profeta francés anuncia el triunfo de los relojes blandos sobre las implacables esferas de la inquisición de su época. Es mucho lo que se ha escrito sobre ellos, pero todas las versiones están plagadas de fantasías.

Debo señalar, sin embargo, un vídeo grabado por Jean-Rémy de la Salle, joven realizador que se aventuró por la Patagonia, a pesar de la guerra que el gobierno argentino había declarado por estas fechas a la marina inglesa en las Islas Malvinas, y las consiguientes dificultades de transporte. A su llegada, los «boludos» ignoraban todo lo referente a esta guerra. Seguían adelante con su trayectoria de siempre, desafiando tanto a los obuses de las playas como al hambre de las campiñas. Jean-Rémy de la Salle se asombró de que los militares en el poder y la población en su conjunto permitieran a los «boludos» continuar con su vida nómada y desfasada, que además no respetaba ni las propiedades públicas ni las privadas, pertenecientes estas últimas sin excepción alguna a la oligarquía estanciera.

No hay noticia, sin embargo, de que hagan regalos a los indígenas. Pero todo el mundo les tiene miedo a los «boludos». Cuentan que, cuando miran

fijamente a los ojos de alguien, éste queda petrificado para siempre. En su camino pueden verse innúmeras estatuas de lava, que representan a seres humanos y animales con expresión de espanto, y a los que se supone fruto de las artes de brujería de los «boludos», más que de sus capacidades artísticas, las cuales desconocen o pretenden ignorar.

Sin duda recuerdan ustedes al joven Jean-Rémy de la Salle, cuya brutal desaparición sumió recientemente a todo el mundo en la consternación. Yo debía formar parte del equipo que la revista *Actuel* pensaba enviar a la Patagonia, para hacer un reportaje de diez páginas sobre la tribu. La víspera de la partida, estalla la guerra de las Malvinas. La revista archiva su proyecto en un cajón. Pero Jean-Rémy decide partir por su cuenta y riesgo, de tan entusiasmado como está por el proyecto. El desenlace es suficientemente conocido. Las cassettes de vídeo que las televisiones de todo el mundo tuvieron ocasión de pasar, fueron encontradas en la moto de Jean-Rémy, envueltas en sus blue-jeans. La moto había sido detectada por un helicóptero del Ejército de Salvación Internacional sobre uno de los más elevados picos de la Cordillera de los Andes, a menos de un centenar de metros del espeluznante cráter del volcán Aconcagua. Su diario se creía perdido; pero fue encontrado en posesión de la tribu de los «boludos», que lo utilizaban como libro de oraciones. Dicho diario me fue remitido hace una semana por el Ejército de Salvación, por haber escrito Jean-Rémy en él mi dirección. Todo el

mundo recuerda las imágenes atroces rodadas por los mismos «boludos», del martirio de Jean-Rémy, arrojado vivo al pozo de lava ardiente del Aconcagua. Los extractos del diario que copio a continuación arrojarán un poco de luz sobre los hechos: «Querido diario: desde el momento en que vieron mi enorme moto, me tomaron por un dios. Me piden que dé vueltas en círculo en torno al grupo que forma la tribu, mientras avanzan por las Pampas, ya que eso ahuyenta a los mosquitos y a las grandes serpientes. Creo que he encontrado la vida en la que soñaba, querido diario». Siguen varias páginas donde se describen paisajes de amplios horizontes, que cambian sin cesar. Pasará dos años entre los «boludos», manteniendo siempre excelentes relaciones. Las mujeres y los viejos transportan de buena gana los bidones de ginebra y de gasolina, para subvenir a las necesidades de la moto y de él mismo, a lo largo de centenares de kilómetros. Aparentemente, no mantiene relaciones sexuales con ninguno de los miembros de la tribu. Pero les enseña a manejar el vídeo. Deja de escribir su diario durante todo un año, y reemprende su escritura una semana antes de su muerte, el mismo día que los «boludos» eligen para efectuar su ascenso al Aconcagua. Llevan a hombros la moto de Jean-Rémy, con él subido en ella.

«Un año bisiesto, escribe, de cada cuatro, los boludos suben al Aconcagua, durante un solo día, y eso será la semana que viene. Es el año de mi deificación.» Estas breves frases liberan totalmente de

culpa a los «boludos». Jean-Rémy de la Salle, poseído por Dios sabe qué delirio místico, persuadió a los indígenas a arrojarlo al volcán para rodar su propia muerte. Varios pasajes escritos durante la ascensión al Aconcagua, realizada en sólo una semana, dan fe de ello: «Les he enseñado a manejar la cámara. Yo soy el único actor. Soy su Dios». Es algo confuso, pero cuyo sentido no se le escapa a nadie: Jean-Rémy inculcó a los «boludos» el arte de la cinematografía, sabiendo que él sería su primera víctima. He aquí la última frase de su diario: «En el instante mismo en que sea precipitado a las entrañas de la tierra, entraré en la eternidad de su memoria». No podía expresarlo mejor.

Después de su sacrificio, los «boludos» han abreviado su viaje anual: dan vueltas en fila india en torno al volcán, sin que nadie se explique el porqué. El último testimonio escrito que aquí copio está firmado por el padre Cabezón de las Calzas, obispo de la parroquia de Nuestra Señora del Aconcagua, una iglesia de tierra apisonada, situada en las laderas del volcán, y es una carta dirigida al Papa. Hela aquí: «En cuanto a la canonización de Jean-Rémy de la Salle, los católicos de varias provincias de los alrededores me la exigen sin cesar. Mi pequeña parroquia se ha convertido en lugar de peregrinación para millares de turistas que llegan en helicóptero. Se toman fotos con los «boludos» y arrojan monedas a la boca del volcán. Lo que me inquieta, Santísimo Padre, es que la mayor parte de ellos son adeptos

del Diablo, a quien imaginan habitando en el interior del volcán. He podido impedir ya un sacrificio humano, aunque no puedo impedirles que arrojen a la lava ardiente carneros, e incluso pumas, ya que se trata de animales sin alma. He podido constatar ya varios milagros, Santo Padre, que prefiero relatarle en esta carta, aunque sin duda alguna habrá podido leerlos usted ya en los periódicos: los «boludos» levitan hasta diez metros por encima de nuestras cabezas, sin dejar de dar vueltas en torno al volcán. Se diría que caminan por el aire, y con bastante rapidez.

»Segundo milagro: esta mañana, la lava ardiente se ha transformado en leche hirviendo. Esta leche huele igual que la leche de cabra. Los turistas comienzan a huir del lugar, temiendo una venganza de la Tierra. Yo espero sus instrucciones, Santo Padre. ¿Debo concederles bulas, como me exigen?». El desenlace es bien conocido: la formidable erupción del Aconcagua, que convirtió uno de los valles más fértiles del mundo en un puro desierto de piedra pómez. Fueron los sacerdotes incas los que (mucho antes de la llegada de los conquistadores) dieron a la Patagonia su nombre, que quiere decir «lugar donde el dios rubio pondrá sus pies antes de su agonía». No es de extrañar que el pobre Jean-Rémy fuera tomado por el dios rubio en cuestión. Varios periódicos sensacionalistas del Cono Sur pretenden que los «boludos» volaron al cielo la víspera de la gran erupción, y que han sido vistos durante la noche dando vueltas a la luna. Yo no me creo nada; no hay fotos

de satélite que lo demuestren. Parece cierto que esta tribu, formada por unos trescientos o cuatrocientos individuos desde tiempo inmemorial, fue exterminada la noche antes de la erupción del volcán. Jean-Rémy de la Salle habrá sido, pues, un dios violento, pero efímero.



LA CESAREA

Jacqueline Mignot y Linda Davis se conocieron en el verano de 1976 en Nueva York, durante la convención demócrata que consagraría a Jimmy Carter como candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Jacqueline Mignot formaba parte del grupo de enanos demócratas franceses. Ella era liliputien-se, aunque hija de padres normales. Había hecho la carrera de cirujano-dentista, que abandonó para casarse con Christian Mignot, un abogado socialista cinco años mayor que ella. Tenían un hijo de doce años, Jean-Paul, que le sacaba ya unos buenos diez centímetros. Animada por su marido, organizó un grupúsculo de enanos que exigían asientos especiales en los autobuses y escabeles en las cabinas telefónicas. De la noche a la mañana se encontró dirigiendo un movimiento político, el M.M.D. (Movimiento de Mujeres Diminutas), al que había defendido con ardor en varios mítines conjuntos con Michel Rocard, de quien su marido era próximo colaborador. Hasta aquel momento, como es natural, su afecto se había dirigido hacia Christian y Jean-Paul, con la

misma fuerza con que se imaginaba que las restantes madres de familia amaban a sus maridos e hijos; estaba orgullosa de haber conseguido, a pesar de sus diminutas dimensiones, llevar una vida de mujer normal; se sentía, con todo, muy acomplexada con respecto a otras mujeres socialistas de su generación, y raramente tomaba la palabra en los debates. Sólo en la «intimidad del hogar», y gracias al cariño de Christian y Jean-Paul, que la trataban como a una hermanita un poco caprichosa, lograba olvidar sus reales dimensiones.

Linda Davis se había hecho famosa en Estados Unidos gracias a un folletín de televisión, titulado *Little Carott*,* donde había interpretado el papel de «Little Carott», disfrazada con una peluca rizada de color naranja, hasta cumplir los treinta años. Millonaria, gracias a su personaje, abandonó la televisión y fundó un partido medio político, medio religioso, el L. M. L. (Liberación de las Mujeres Liliputienses), del que ella era líder incuestionable. Gozaba del apoyo de varias ciudades en los estados de Georgia y Nuevo México, cuya población negra descendía en su mayor parte de esclavos pigmeos importados por los irlandeses a principios del XIX.

La primera vez que Jacqueline Mignot vio a Linda Davis fue sobre el podium del congreso del Partido Demócrata que tenía lugar en Pennsylvania Station, durante los espectáculos de variedades que

* Zanahoria. (N. del T.)

precedían a los discursos políticos. Linda había hecho su aparición en escena vestida con una túnica estampada africana, y rodeada de un grupo de pigmeos negros que tocaban el saxo; Jacqueline que, hasta entonces, había permanecido perfectamente indiferente a esta dimensión de la realidad americana tan concorde con la idea que se había hecho a partir de los numerosos films en Cinemascope que había visto en su vida, sintió que un escalofrío le recorría la médula: América era Linda Davis, tal como ella la había soñado en su infancia, una mezcla de estatua de la Libertad y enana mongólica, que sin saber apenas cantar poseía, en cambio, algo que ella jamás había soñado llegar a tener: encanto, esa palabra ya en desuso en Europa, pero que en aquel joven continente adquiriría sus verdaderas dimensiones. Linda Davis remató su show ante una pirámide de pigmeos que cantaban «Old Man River», vestida con una túnica ceñida de strass color granate y una peluca plateada. Todos los congresistas la ovacionaron. Jacqueline saltó de su butaca, abandonó a la delegación de enanos socialistas del Distrito XIV; se coló a rastras por entre las piernas del servicio de orden y llegó sin mayor esfuerzo al escenario. Linda Davis estaba agotada después de su actuación. Jacqueline se arrojó a sus pies y le dijo: «¡Te amo!». Eran las únicas palabras en francés que Linda comprendía, y captó plenamente su sentido. Supo de inmediato que aquella mujer,

quienquiera que fuese, le sería fiel hasta el fin de sus días.

Christian Mignot recibió la carta de Jacqueline un sábado a las diez de la mañana. Despertó a Jean-Paul para anunciarle:

—Hay una carta de mamá. Vete a lavar. Yo ya he comprado los brioches.

Desde la marcha de Jacqueline, Christian se las arreglaba fatal para llevar la casa. Jean-Paul estaba de vacaciones, pero no quería marcharse a casa de su abuela en Normandía. Prefería pasar las tardes en compañía de sus amigos, jugando al «millón» y deambulando por los jardines del Luxemburgo, cuando no se encerraba en su habitación para fumarse unos porros en compañía de un amigo bastante afeinado. Christian, que nunca hubiera osado regañar a Jean-Paul, esperaba ansiosamente el regreso de Jacqueline. Los platos sucios se amontonaban en el fregadero, la motocicleta de Jean-Paul estaba tirada sobre la moqueta de la sala; las dimensiones de la cocina, construida a la medida de Jacqueline, lo obligaban a andar a gatas, o a golpearse la cabeza contra las repisas; y lo peor de todo: desde que Jacqueline se había ido había entrado en sospechas de que Jean-Paul era homosexual. Mientras Jean-Paul terminaba de lavarse, Christian puso café en el filtro «Melitta» y abrió la carta de Jacqueline: «Dejo a Jean-Paul en tus manos. Voy a rehacer mi vida con una liliputiense de mi edad. Te he querido mucho, y también a Jean-Paul. Tu Jacqueline».

Cerró nerviosamente el sobre en el momento en que Jean-Paul entraba en la cocina y se sentaba delante de su desayuno.

—¿Qué dice mamá?

—Le va muy bien —respondió su padre—. Voy a ir a buscarla a Nueva York. Tú te vas esta tarde a Normandía con la abuela.

Acostumbrado a no tener nada que ver con los problemas de los mayores, Jean-Paul adoptó un aire ausente mientras engullía sus dos brioches y su café con leche.

Christian tomó el 747 de las ocho de la noche en Orly. Llegó muy de mañana al aeropuerto Kennedy, con un calor tórrido. Apenas entendía el inglés, y mucho menos aún el inglés americano. Se dejó llevar a un hotel situado delante de Pennsylvania Station, donde le dieron una habitación minúscula, casi enteramente ocupada por una enorme televisión en color.

Sin perder un minuto en deshacer el equipaje, pidió a la centralita el número del departamento de «personas de baja estatura» de la Convención Demócrata. Un intérprete le explicó con mucha educación que su esposa y los enanos demócratas de Nuevo México habían dejado la convención hacía una semana. El Departamento de Estado, temiendo que se tratara de un secuestro político, había tomado cartas en el asunto.

Las encontraron sin mayores dificultades. Se habían instalado en un barrio del South Bronx donde

Linda daba clases de «expresión corporal» para enanos. Una voz con acento canadiense le dijo que su esposa estaba perfectamente bien y le deseó una buena estancia en Nueva York. Preguntó en la centralita el número de Linda Davis, e hizo un esfuerzo para pronunciar bien:

—I want to speak to Madame Mignot.

—I am Madame Mignot.

—¡Jacqueline, soy yo, Christian! ¡Estoy en Nueva York!

—¿En qué calle?

—Enfrente de la Convención Demócrata.

—No tenemos nada que decirnos —dijo Jacqueline—. Ya te lo he explicado todo en mi carta.

—¿Pero no podríamos al menos vernos? —preguntó Christian con voz temblorosa.

—Tengo un curso de claqué a las nueve y cuarto. Tenemos tiempo para almorzar juntos, si es que llegas a tiempo.

Saltó al interior de un taxi, que lo dejó en los límites del Bronx negro, ya que el taxista no quería aventurarse más allá. El paisaje de edificios acomodados se detenía de repente para dar paso a una especie de barrio de barracas africano, construido sobre las ruinas de enormes edificios que debían haber formado en otro tiempo parte de las dependencias del puerto de Nueva York; los pilotes de madera de los muelles se hundían en el fango del río. Las calles estaban desiertas, aparte de algunas ratas de alcantarilla que pululaban por las

basuras. Llegó sin dificultad hasta la puerta del «Lilliputien Winterland», un antiguo edificio de aduanas abandonado, construido sobre el río y pintado de azul turquesa.

Un pigmeo, vestido con una librea que recordaba el caparazón de un bogavante, vino a abrirle la puerta, y lo introdujo en un inmenso hangar inundado a medias. Christian tomó asiento en el único sillón que no estaba empapado. Jacqueline bajó a la pieza por una escalera de caracol, vestida con ropa deportiva, pantalón y camiseta de felpa color rojo, los cabellos cortados «à la garçonnette», y playeras de baloncesto. Se sentó en uno de los brazos del sillón de Christian y le pasó una línea de cocaína sobre un espejo de bolsillo, sin decirle ni palabra. Una vez que Christian se hubo dado cuenta de que Jacqueline se había vuelto loca, se sintió aliviado. Ya no le quedaba sino representar un papel que se sabía de memoria, y perfectamente conforme con su vocación de abogado:

—Jean-Paul te necesita.

Con la misma cuchilla con la que había formado la línea de coca, Jacqueline le hizo un corte en la barbilla. Christian le retorció la muñeca, para obligarla a soltar la navaja; ella se debatió, abofeteándolo, arañándolo, y dándole patadas en los testículos. Cuatro pigmeos lo inmovilizaron, agarrándolo por cada uno de sus miembros, y un quinto le asestó un golpe de kárate en la nuca. En cuestión de un instante quedó desvanecido. Los pigmeos

le cortaron la ropa a tiras con la cuchilla, y le ataron juntas las manos y los pies, como si fuera un carnero. Le hundieron la cabeza en un recipiente de agua hirviendo, y al abrir la boca para intentar gritar, se quemó también la garganta y el esófago. Luego, le introdujeron la cabeza en una caja atada a una cuerda con polea, colgada del techo, y lo dejaron suspendido a un metro del suelo. Sintió dolores horribles que le recorrían las articulaciones, como si fuera a descoyuntarse. Y volvió a desmayarse.

A partir de ese momento, no supo ya si lo que le ocurría formaba parte de su vida cotidiana, o se hallaba en el interior de una pesadilla, de esas en las que una sola sensación se convierte en eterna. Se debatía entre el deseo de despertar y el deseo de morir, entre la indiferencia y el dolor. Ni un solo instante tuvo miedo, sabiendo, como desde siempre sabía, que su destino era irreversible; confluía de este modo con la idea que su madre se había hecho siempre de él. Hermano menor de un superdotado que había terminado sus estudios en una escuela de prestigio, Christian había realizado sus estudios de abogado sin excesiva brillantez. Había ingresado en el Partido Socialista, más impulsado por su padre y su madre que por sus propias convicciones. Su calvicie precoz, su tenaz tartamudeo, sus hombros caídos y sus gafas de miope eran las causas de su falta de éxito con las mujeres, así como también del menosprecio de sus superiores, que

siempre lo habían tratado como al hermano imbecil del adjunto del ministro. El se había identificado con su personaje, hasta el punto de llegar a gustarle. A Jacqueline la había conocido en la sede del P.S., con ocasión de la visita de un grupo de alumnos de la Escuela Superior de Odontología de la Rue Garancière; Christian tomaba notas de su entrevista con Rocard, y Jacqueline se hallaba sentada frente a él con una minifalda de chintz; sus piernas cruzadas dejaban ver sus bragas de color rojo; Christian se sintió a tal punto turbado que se olvidó de la taquigrafía. Un mes más tarde, se casaban en la iglesia de Saint-Sulpice. El vestido de novia de Jacqueline había sido diseñado por uno de sus compañeros de clase que trabajaba en Dior; la cola, que imitaba un campo de margaritas, una vez desplegada cubría todas las escalinatas de la iglesia. Bajando con Jacqueline casi colgada de su brazo, Christian se sintió seguro de sí mismo por primera vez en la vida. Hasta entonces se había conservado virgen, mientras que Jacqueline había tenido ya algunas experiencias sexuales; el pene de Christian, no mucho más grueso que un dedo, la decepcionó por completo. Además, eyaculaba nada más haberla penetrado, entre gritos y estertores bestiales, al tiempo que la aplastaba con su peso y la inundaba de sudor. Al mes de casados, ella quedó encinta. Su embarazo fue difícil, y hasta se llegó a temer que se tratara de gemelos. Jean-Paul vino al mundo con ayuda de una cesárea; pesaba cinco

kilos y era el vivo retrato de su padre. Christian vio confundirse ante sus ojos a Jacqueline, vestida con ropa deportiva, y a Linda Davis, vestida con pieles de leopardo, que se cebaban con él, rajándole la cara a navajazos; le cortaron las orejas, la nariz y los labios antes de arrancarle la lengua y reventarle los ojos.

Mme. Mignot recibió por correo un paquete que debía pesar al menos cinco kilos, envuelto en papel dorado; aunque estaba muerta de curiosidad, no se atrevió a abrirlo antes de que su nieto se despertara. Jean-Paul dormía en el jardín en una tienda de campaña (su regalo de cumpleaños) dentro de un saco de dormir, abrazado con su mejor amigo, un pequeño martiniqués. ¡Un regalo de papá y mamá desde América! Jean-Paul, medio dormido aún, abrió el paquete, que despedía un olor nauseabundo, y la cabeza mutilada de Christian echó a rodar por el césped. Después de un instante de estupor, Jean-Paul se sintió por primera vez en la vida culpable de su homosexualidad.

El escritor estaba seco de ideas



VIRGINIA WOOLF ATACA DE NUEVO

Me sentí incómodo por la insistencia de mi editor acerca del número de relatos que debían reunirse en este libro: siete, en mi opinión, era un número de mal agüero; eran, por lo demás, relatos breves, y el número de páginas que hacían estaba muy lejos de formar un libro de tamaño decente. Sugerí incluir algunos de los poemas que había compuesto en mi juventud; pero el editor se negó, pretextando que un libro de relatos, en principio, no debe contener más que relatos. ¿Y qué tal algunas ilustraciones? Tenía los cajones llenos a rebosar de viejos dibujos que podían servir perfectamente para esponjar el conjunto de relatos, sobre todo si recordábamos las viñetas de las tiras cómicas en cuadraditos y las hacíamos ampliar, para que cada una de ellas pudiese llenar una página. Esto reduciría considerablemente mi trabajo. Pero mi editor me dijo que mis dibujos estaban pasados de moda, mientras manifestaba tener una fe ciega en mi genio literario. Ya había desbaratado más de una novela, le insistí, y en cuanto a los relatos, simplemente

no se me ocurría una sola idea. Ambos colgamos en términos corteses. Hacía un año que no se me ocurría ningún nuevo relato, y los que había logrado colar cuando la firma del contrato eran páginas que había arrancado de números viejos de *Hara-Kiri*, cuyo tema y título había olvidado por entero, y que eran seguramente de esas cosas que uno escribe a toda prisa para ligar un poco de marihuana a fin de mes. A principios de julio, me encontré a mi editor en un bar de ambiente de nuestro barrio. Nos encontramos de pronto cara a cara bailando un twist. Mi editor es más grande que yo, una cosa tipo Sylvester Stallone.

—¿Qué estás haciendo aquí? Te hacía terminando un relato.

—¿Qué relato?

—El que falta para completar tu libro. Si no se lo envió al impresor en la primera quincena de julio, en seguida vienen las vacaciones, y ya es imposible sacarlo en octubre. Y luego, el año próximo, tengo ya toda la programación completa.

Fuimos hasta la barra a bebernos una cerveza. Habíamos venido a ligar por separado, y el encuentro nos incomodaba, sobre todo con la dichosa historia del relato.

—¿No se te ocurre nada para un relato? —le pregunté.

Se quedó perplejo. Yo le pasé un porro, y se reconcentró sobre él durante un instante. Luego, expresó al fin su profunda sabiduría:

—¡Cualquier idea es buena para un relato!

—¡Lo que hay que oír de un editor! —exclamé yo, aunque en mi fuero interno pensaba lo mismo. Pero la idea le había gustado, e insistió:

—Un editor y un autor que se encuentran por casualidad en un bar. Puedes empezar por ahí.

—¿Y qué puede pasar luego? ¿Que nos vamos a la cama juntos? ¡Con el tiempo que hace que nos conocemos!

—¿Y si yo te matara por no haber terminado el relato? ¿No es un buen tema para un relato?

—¿Y entonces quién escribiría el relato?

—¡Yo!

No soporto el humor de Jean-Pierre. Eran ya las tres de la mañana y no quedaba ya nada que ligar. Tres o cuatro intelectuales, seducidos por nuestra charla, no despegaban la oreja. En el piso de arriba, una docena de analfabetos se chupaban unos a otros los bigotes en la oscuridad.

—¡Qué fatal está esto!

—¿Te vuelves a Anvers? Yo voy a Blanche.

—Podemos tomar un vaso a mitad de camino, en Pigalle.

Bajamos las escaleras de salida.

No estaba el portero. Dejamos sobre el mostrador del vestíbulo nuestros números, junto con dos monedas de diez francos, y nosotros mismos recuperamos de las perchas nuestras cazadoras de cuero. Nos las cerramos bien, para defendernos del rocío matutino de París, que ataca la delicada gar-

ganta de los noctámbulos. La puerta de la calle estaba cerrada.

—El portero se ha debido ir a darse un lote.

—Tampoco es razón para dejar cerrado con llave.

—Es responsable de una docena de cazadoras de cuero, una auténtica fortuna.

En el bolsillo interior de mi cazadora encontré dos porros liados, y encendí uno para disipar el olor de los poppers.

—Tú sabes que hablo en serio. Necesito ese relato. Está en juego el porvenir de la editorial —dramatizó—. Tú eres mi Virginia Woolf. Puedes leerme por teléfono durante el fin de semana, o dejarlo grabado en el contestador automático.

—¡Ya te he dicho que no se me ocurre nada, Jean-Paul! ¡No insistas!

Afuera llamaban a la puerta a puñetazo limpio.

—¡Que está cerrado! —gritamos.

—¿Pero qué diablos pasa con el portero?

Volvimos a subir las escaleras. El tipo de la barra no aparecía por ningún lado. Me dirigí a una vieja loca islandesa que me habían presentado en el «Flore» varias veces, en la época en que éramos militantas.

—La puerta de entrada está cerrada.

—¿Y qué?

—Que no se puede salir.

—¿Y para qué queréis salir? ¿No os gusta esto? Decidimos subir al piso de arriba, donde se en-

cuentran los wáteres y el famoso cuarto oscuro que, aquí como en Nueva York, recibe el nombre de «back-room».*

Ninguno de los dos teníamos ganas de dejarnos manosear por tipos de los que no puedes ni adivinar el color de la peluca, sobre todo en una temporada en la que todos nos sentíamos muy obsesionados por las enfermedades llamadas «de transmisión sexual».

—¡Encierran a los clientes en la boîte para ir a que se la chupen al segundo piso!

—¡Al menos podían hacerlo por turnos!

Subimos la escalera hasta el otro piso.

—Vete a mirar tú al cuarto oscuro —me dijo Jean-Pierre—. Yo voy a ver en los retretes.

Nos separamos en el vestíbulo del segundo piso. Yo me aventuré en el interior del cuarto oscuro, intentando sortear las múltiples manos rapaces que surgían de la masa humana.

—¿Están aquí el portero o el barman? —dije varias veces, en voz muy alta. Silencio total, en medio del cual podían distinguirse algunos sonidos repugnantes, como cadenas o el flop-flop de los que se enculaban. Fui a reunirme con Jean-Pierre en los retretes. Lo encontré de pie apoyado en la pared. Tenía un cuchillo de cocina en la mano. Sus antebrazos estaban empapados de sangre. Sus rodillas flaqueaban, y estaba a punto de desmayarse.

* Cuarto trastero. (N. del T.)

Tuve el rápido reflejo de abofetearlo. Y se repuso tan deprisa que me devolvió la bofetada, embadurnándome de sangre. El barman se hallaba incrustado en uno de los retretes, con los pantalones bajados, y la cabeza echada hacia atrás. De un gran tajo que le atravesaba la garganta, manaba a borbotones un chorro de sangre que se deslizaba por sus piernas y por la taza del retrete. Jamás hubiera imaginado que un barman contuviese tanta hemoglobina. Sentí que la vista se me nublaba; esta vez fue Jean-Pierre quien vino en mi ayuda, arrastrándome por los sobacos hasta el lavabo, donde me metió debajo del chorro de agua fría. La loca islandesa entró en aquel momento en los wáteres, y se puso a gritar como una loca. Jean-Pierre, intentando calmarla, no consiguió más que mancharle de sangre la camisa. De rodillas, la loca suplicaba:

—¡Piedad, por favor! ¡Soy padre de familia!

Atraídas por el guirigay, las del cuarto oscuro vinieron a sumarse a la fiesta. Aullaban al tiempo que se atiborraban de poppers. El espectáculo que más les aterraba no era el del barman degollado, sino el de nosotros dos, a quienes tomaban por asesinos convictos. Una de ellas, envolvió el cuchillo en su fular de seda, para conservar las huellas digitales; los masocas ofrecieron sus cadenas para atarnos, aunque ninguno de ellos se atrevía a acercársenos.

—¡Somos inocentes! —tartamudeó Jean-Pierre con bastante calma—. Si sospechan que nosotros

somos los asesinos, enciérrennos en el cuarto oscuro mientras llega la policía.

—¿Nos queréis tomar el pelo? —desafió una.

—¿Y ustedes qué? —respondió Jean-Pierre.

—¡Mida sus palabras, señor! ¡No olvide que puede ser usted reo de la guillotina! —La loca islandesa empezaba a dar a entender que había sido testigo del crimen; juraba que Jean-Pierre la había amenazado con el cuchillo. Nos empujaron con la punta de los dedos hasta el cuarto oscuro, y las más malas nos escupían al pasar, aunque una buena samaritana tuvo a bien llegarse hasta el bar para traernos dos cervezas antes de que nos encerraran con llave. El problema que tenían era cómo alertar a la policía sin alertar a los vecinos; los hilos del teléfono estaban arrancados, la puerta de la calle sólidamente cerrada, y la única ventana existente, justo la del cuarto oscuro, se hallaba situada en el segundo piso. Nos prohibieron llamar a los vecinos, so pena de agravar nuestra situación. Tenían más miedo de los vecinos que de la policía. Pensaban, y no sin razón, que cualquier muchachito avisado que tuviera a mano una Kodak podía hacer fortuna a la salida de aquel baile macabro. Constatamos que la puerta del cuarto oscuro abría hacia afuera y que la cerradura era sólo de una vuelta. Jean-Pierre, que es bastante fuerte, en último término podía hacerla saltar de un buen empujón.

Abrimos las contraventanas y la luz de la luna iluminó la pieza, que hasta entonces estaba total-

mente a oscuras. Era un cubo de cinco metros de lado. Diseminados por el suelo podían verse restos de semen, latas de cerveza, una polla de plástico, y un impermeable.

—¿Qué será lo que los hace eyacular de esta manera? —se preguntó Jean-Pierre en voz alta.

—¿Por qué cogiste el cuchillo?

—No lo sé. Fue como un acto reflejo. Tenía el cuchillo clavado en el pecho; debió ocurrírseme que eso lo aliviaría, o quizás que le devolvería la vida.

—¡Un reflejo intelectual! ¡Vete y cuéntaselo a la bofia!

—¿Crees que el asesino es quien ha cerrado la puerta de la calle?

—Es imposible. Nosotros fuimos los primeros que nos dimos cuenta de que estaba cerrada.

—¿Te acuerdas si cuando nos íbamos el barman estaba aún en la barra?

—Le pagamos al salir.

—¿Y cuánto tiempo estuvimos abajo?

—Lo que tardamos en echarnos un porro, mientras hablábamos de Virginia Woolf. Tal vez unos cuatro minutos. ¡El asesino había tenido todo el tiempo del mundo para perpetrar el crimen! Pero después de semejante carnicería tenía que estar todo cubierto de sangre.

Jean-Pierre fue a recoger el impermeable que había tirado en el suelo y lo miró a la luz de la luna que entraba por la ventana. Estaba totalmente negro de sangre. El asesino era, sin lugar a dudas,

uno de los que estaban en el cuarto oscuro cuando nosotros descubrimos el cuerpo. De memoria, pasamos revista uno por uno. No lográbamos imaginarnos a un asesino escondido bajo el disfraz de uno de esos seres anónimos que sólo se atreven a comunicarse a las cuatro de la mañana, en las tinieblas del cuarto oscuro.

—¡Hace falta tener sangre fría!

—¡Y unos nervios de acero!

—Pero, ¿por qué no escapó?

—Porque se encontró la puerta cerrada, es evidente.

—Pero, ¿quién cerró la puerta?

—El portero. No está por ningún lado aquí dentro, así que sólo pudo marcharse antes del crimen. Quizá se trata de dos hechos sin ninguna relación.

El encierro de las locas dentro del bar parecía cosa de broma, por más que el crimen fuera de verdad, y un crimen atroz.

—Sospecho de la vieja islandesa —dijo Jean-Pierre con tono misterioso, al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Sin embargo, es el único que tiene una coartada. Recuerda que estaba acodado en la barra cuando volvimos a entrar en el bar; fuimos nosotros los que le dijimos que la puerta de la calle estaba cerrada.

—Precisamente. ¡De no ser así, se hubiera marchado con toda tranquilidad!

—¿Entonces lo mató mientras nosotros charlábamos a la entrada?

—El crimen fue cometido a toda prisa. La loca islandesa debió seguir al barman hasta el segundo piso, cuando éste subía a hacer sus necesidades, en el mismo momento de ir a salir nosotros. Se hallaba sentado y con los pantalones bajados, en una postura de total indefensión. El islandés lo degüella con toda facilidad, luego le hunde el cuchillo en el pecho. Se lava las manos, después de haber dejado caer el impermeable en el suelo del cuarto oscuro, y vuelve a bajar al bar, que es donde nosotros nos lo encontramos.

—¡Luego, le resultó de lo más sencillo subir de nuevo a los lavabos y pillarnos allí con el cadáver!

—Es un perturbado, pero de una eficacia diabólica.

—Uno de esas marginales que ven a Satán en cada homosexual. Pero, ¿por qué el barman? De todos nosotros, el barman era el único que podía escapar a la clasificación diabólica. Al fin y al cabo no era más que un barman. Pero tal vez este barman no era un barman cualquiera.

—¿Lo conocías desde hace mucho?

—Desde hacía años, pero sólo de vista: creo recordar que hace veinte años trabajaba como barman en La Pérgola. Pero era muy discreto, y se limitaba a dar los buenos días.

—Yo sí lo conocía bien —murmuró Jean-Pierre. Tal declaración me dejó perplejo. Jean-Pierre se

había sentado en el reborde de la ventana; tenía el cigarrillo entre los labios, sin aspirar el humo. El hilo de humo que exhalaba el cigarrillo parecía inmovilizado a la luz de la luna. Semejante calma me pareció irreal. Después de todo, a lo mejor aquello sólo era un sueño.

—Jean-Pierre, perdona que te lo diga, pero quizás tú, quiero decir que si no habrás perdido la cabeza por un instante y... ¿lo has MATADO TU?

—No —dijo Jean-Pierre—. Tal vez debiera haberlo hecho hace tiempo, pero no lo hice.

El tono con que dijo aquello me puso la carne de gallina.

—En un lugar como éste —continuó diciendo— todos los clientes tienen algo que ocultar; sólo basta con averiguar qué.

—Jean-Pierre, siento haber podido pensar que... quiero decir que...

—No te molestes —cortó él—. Yo mismo he creído ser el asesino durante un instante. No te imaginas hasta qué punto se puede llegar a odiar a un chantajista. Tenía una cita con él esta noche, para pagarle una cantidad muy por encima de mis posibilidades, con la amenaza de cerrarme la editorial si no le pagaba. Había venido con la intención de pedirle una moratoria hasta la semana que viene, para poder conseguir entretanto un préstamo del banco, pero se mostró inflexible. Mañana hubiera hecho públicos una serie de documentos sobre mí,

unos documentos que me habrían desacreditado a los ojos de todo el mundo.

Me picó vivamente la curiosidad.

—Jean-Pierre, te juro que lo que me digas ahora no se lo contaré jamás a nadie, pero ¿qué es eso tan importante que tienes que ocultar?

—He matado a un hombre.

Me atreví a preguntar:

—¿Qué tipo de hombre?

—Un barman.

Me pregunté si no se trataría de una broma.

—Pero, vamos a ver, ¿cuántos barmans te has cargado en tu vida?

—Sólo uno. Yo tenía entonces quince años.

Por la emoción de su voz comprendí que estaba removiendo con mis preguntas un gran dolor dormido, y preferí callarme.

Se oyó un aullido al otro lado de la puerta. Nos precipitamos a mirar, yo por el ojo de la cerradura, y Jean-Pierre, que es mucho más alto, por una hendidura de la puerta. La entrada de los lavabos se hallaba situada justo delante de nosotros, y daba sobre el mismo vestíbulo adonde desembocaba la escalera. Cuatro locas con el torso desnudo, arrastraban a otra por los pies. La arrastrada se debatía cuanto podía, a pesar de las cadenas con que le habían atado sólidamente las muñecas a los tobillos. ¡Era el islandés!

—¡Han debido descubrir por sí mismas que él es el asesino!

—¡Hay que detenerlas! —exclamó Jean-Pierre.

Lo contuve para que no derribara la puerta.

—¡Mejor es que se olviden de nosotros!

Al islandés lo ahogaron rápidamente, y fue arrojado a uno de los wáteres en compañía del barman, quedando fuera de nuestro campo de visión. Yo empezaba a sentirme mal, y corrí a la ventana a aspirar un poco de aire fresco. Dos grandes coches negros aparcaban en aquel momento abajo en la calle. Cuatro hombres salieron de cada uno.

—¡Jean-Pierre, la policía!

—¡No puede ser! ¡La policía no lleva antifaces!

—¡Y qué antifaces!

Confeccionados con plumas de todos los colores.

—Parece un conjunto de music-hall.

—Pero, ¿quiénes son?

—Tal vez un grupo que anda de juerga, y va buscando los bares que aún están abiertos en París.

Pero tenían llave.

—Ya te dije que el cierre de la puerta y la muerte del barman no guardaban ninguna relación entre sí.

—¡No es posible!

—¡Pronto lo sabremos!

Fuimos a la puerta del cuarto oscuro, a observar lo que estaba pasando en los lavabos. Los asesinos del islandés, de rodillas, rezaban una oración.

—¿Serán una secta?

En aquel momento un crepitar de metralletas los hizo sobresaltar. Y a nosotros también. Y tuvieron

el mismo reflejo que nosotros: cogerse los unos a los otros por los hombros.

Dos mujeres desnudas, que llevaban máscaras de plumas (¿indias quizás?) y metralletas ligeras, irrumpieron en los lavabos.

—¡Por la liberación de las lesbianas cubanas! —gritó una, mientras la otra ametrallaba a las locas arrodilladas, que se desplomaron unas sobre otras como muñecos.

Por fortuna para nosotros, las lesbianas cubanas no sospecharon de la existencia de un cuarto oscuro detrás de la puerta que ellas debieron considerar de emergencia. Nos dirigimos a la ventana para ver salir del bar a las ocho visitantes, todas ellas vestidas con impermeables y con sus máscaras de plumas. Por su modo de abrir y cerrar las puertas reconocimos que eran mujeres de verdad. Los dos coches arrancaron a toda mecha. Se encendió la luz en algunas ventanas del edificio de enfrente. Jean-Pierre se arrojó con todo su peso contra la puerta del cuarto oscuro, que cedió tan fácilmente que fue a dar por tierra con la puerta arrancada de sus bisagras. En el primer piso se encontraban otros siete antiguos clientes del bar, desparramados sobre la barra y la pista de baile, mientras otro cadáver se hallaba tirado en la escalera de entrada. Pasamos por encima de él y salimos a la calle. Subimos por la Rue Pigalle. Empezaba a amanecer. En la esquina, el único bar abierto era «La Nuit». Algunos travestís del Tercer Mundo parloteaban con sus chu-

los. Nos sentamos en una mesa del fondo y pedimos una botella de Veuve-Clicquot, como vimos que hacían en las otras mesas.

—¿Unas mujeres? ¡Lesbianas cubanas! A la vista de su situación, uno comprende que estén fanatizadas, pero de ahí a atacar un bar de locas de Pigalle... ¡no tiene el menor sentido!

Nada en aquella historia tenía la menor coherencia lógica. Por más vueltas que se le dieran, aquello no casaba. Durante el primer acto, nosotros hablábamos ante el guardarropa, mientras en el segundo reflexionábamos en el interior del cuarto oscuro. ¿Qué podíamos saber de la verdadera intriga? Jean-Pierre fue a telefonear a *France-Soir*, donde tenía algunos conocidos. Y volvió a la mesa sonriendo de oreja a oreja.

—Nadie entiende nada. Atribuyen todos los crímenes a la banda de lesbianas. Incluidos los del barman y el islandés.

—Pero, ¿y ellas quiénes son?

—Ahí es donde no hemos tenido buena vista: ¡son travestís!

—¿Y por qué militan en favor de las lesbianas?

—Es fácil comprenderlo si se lo mira desde una perspectiva cubana. ¡Quieren que todos los homos practiquen la ablación del sexo!

—¡Qué cómodo! ¡Tiene narices!

—Así es. Pero, ¿quién los manipula?

—Y las cuatro locas que asesinaron al islandés

ante nuestros ojos, ¿acaso estaban menos fanatizadas?

—Una guerra entre tíos, como de costumbre.

—Una guerra tribal.

—Pero, ¿y el barman? ¿Quién mató al barman?

Jean-Pierre mojó su croissant en la copa de champán, con el meñique levantado.

—Tenía que elegir: o él o la editorial.

Encendimos el último porro que me quedaba.

—¿Y el impermeable manchado de sangre?

—Lo dejé allí al comienzo de la noche.

—¡Se trataba pues de un crimen premeditado!

¿Fuiste tú entonces quien cerró la puerta de la calle?

—No. Eso no pudo hacerlo más que el portero.

—Pero, ¿por qué?

—Eso ya no lo sé. Tal vez era el cómplice de las lesbianas cubanas.

—No me creo una sola palabra de tu historia, Jean-Pierre. ¿De verdad mataste tú al barman?

Los colores se le subieron a la cara.

—¿Acaso no te parece una buena idea para tu relato?

—¡Conmigo no cuentes! ¡Soy tu cómplice y no quiero acabar mis días en la trena!

—¡Imagina la obra literaria que podríamos escribir en prisión!

«La Nuit» cerraba Pigalle, y la vieja gitana de siempre vendía sus rosas. Jean-Pierre me ofreció una rosa roja, y yo le regalé a él una blanca.

—La mañana está demasiado hermosa para irse a dormir.

—¿Y si fuéramos a pasar la mañana a la piscina de Deligny?

—¿Y allí se liga?

—Hay que levantarse temprano para recoger a los hijos de los que han muerto la víspera.

—¿Es una frase de Fassbinder?

—No, es de Jomeini.

—Resultas insoportable cuando haces de intelectual, Jean-Pierre.

—Vamos a alquilar los trajes de baño.

Empezamos a bajar hacia el Sena, arrastrando nuestras cazadoras de cuero por el arroyo, cada uno con nuestra rosa en la oreja.

INDICE

¿Cómo? ¡Zis! ¡Zas! ¡Amor!	7
Muerte de una foca	17
La travestí y el cuervo	29
La baraka	41
La deificación de Jean-Rémy de La Salle . . .	53
La cesárea	65
Virginia Woolf ataca de nuevo	77